

Trabajadores: Verdaderos protagonistas del cambio democrático



Documentos:

- Sobre el anticomunismo
- Los comunistas y las Fuerzas Armadas

• Volodia Teitelboim:
“No soy un secretario de transacción, he sido elegido por unanimidad y por cuatro años”

• Luis Maira:
“En Chile la izquierda es un actor central”

PRESENTACION

Al mismo tiempo que la situación política chilena se hace rica en matices, compleja en profundidad y rápida en sus cambios, es más que necesario contar con un medio de comunicación que sirva de referencia para interpretar correctamente los acontecimientos del quehacer político nacional y enriquecer teóricamente a sus lectores.

En este espíritu se publica mensualmente a partir del mes de abril, "El Siglo Internacional", que recopila y reproduce artículos de "El Siglo", el cual circula hoy en Chile.

Con esta publicación se busca complementar un espacio informativo y educativo, entregando análisis profundos de temas políticos de actualidad.

Esta publicación está abierta a recibir sugerencias que mejoren su contenido.

Esperamos que "El Siglo Internacional" cumpla con los objetivos planteados y sea una herramienta eficaz y un aporte para consolidar los lazos entre el exilio y el pueblo chileno.

SUMARIO

- 3 Editorial
- 4 Comentario Político
Volodia Teitelboim:
"No soy un secretario de transacción, he sido elegido por unanimidad y por cuatro años"
- 6 Los Comunistas y las Fuerzas Armadas
- 13 Comunistas ejemplares
- 14 Luis Maira:
"En Chile la izquierda es un actor central"
- 20 Sobre el Anticomunismo
- 27 Derechos Humanos

EL SIGLO Internacional

Consejo de Redacción

- Carlos Solís
- Germán Perotti
- Pablo Pérez
- Luis Garrido

Dirección Postal

Box 122 94
S-102 27 Stockholm
Sweden

Teléfono: 08 - 53 38 01
Postgiro: 468 22 43 - 3

EDITORIAL

LOS VERDADEROS PROTAGONISTAS DEL CAMBIO DEMOCRATICO

Las elecciones de diciembre próximo constituyen un gran desafío para todas las fuerzas democráticas

Es imprescindible alcanzar la unidad opositora en torno a un candidato presidencial único, una sola lista de candidatos al Parlamento y un programa común.

La batalla electoral requiere además tensar todas las fuerzas del pueblo para convertirla en una gran jornada de movilización de millones de chilenos, que fusione en un solo todo la movilización social y la política, las reivindicaciones sectoriales y la demanda democrática, la lucha por una nueva institucionalidad con la democracia que surge desde la base.

La inscripción en los registros electorales de los que aún no lo han hecho, en particular los jóvenes que cumplen este año 18 años, el trabajo de la campaña electoral en sus distintos aspectos, son cuestiones de primera importancia hacia el logro de una nueva gran victoria democrática. Para la izquierda el fortalecimiento del PAIS, elevando el número de inscritos en sus registros para convertirlo en el partido más grande de Chile, el desarrollo de su orgánica, de su perfil popular, la participación cada vez más amplia de sus militantes en las actividades del partido, es una cuestión vital.

El pueblo enfrenta estas elecciones consciente de que ellas sólo constituyen un paso, de gran trascendencia, en la conquista de la democracia. En ellas la contradicción democracia-dictadura para impedir que se expresa la voluntad mayoritaria son múltiples y variadas. Leyes aberrantes como la de los distritos electorales, burdos manejos tendientes a impedir la presencia opositora en la TV, son ejemplos de ello. La dictadura está decidida a colocar todo tipo de obstáculos, a impedir que el triunfo opositor tenga expresión en las estructuras del Estado y, en todos los casos, a mantener a través del tutelaje militar el poder real.

El rompimiento de una supuesta "normalidad democrática" sirve al régimen para intentar chantajear a un sector de la oposición; distintos personeros, incluida la cúpula del Ejército, se sienten con el derecho de decidir quiénes pueden y quiénes no pueden ser gobierno en el país. Exigen a la oposición de centro, subordinarse a la proyección de lo esencial del régimen y separarse



de la izquierda rompiendo así la fuerza opositora.

Es necesario enfrentar decididamente estos intentos. Incluso la no participación en las elecciones si no se dan las condiciones mínimas de limpieza y transparencia electoral. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que ello requiere de la lucha decidida de millones de chilenos, la unidad más amplia sin ningún tipo de exclusiones, y la voluntad de no vacilar hasta alcanzar la victoria.

Los próximos meses serán de una ardua lucha por avanzar hacia la democracia. No vivimos aún una transición hacia ella. Debemos conquistarla. Unir y no dividir, apoyarse en los protagonistas efectivos de la lucha de estos años, los trabajadores, los pobladores, las mujeres, los estudiantes, los luchadores por los derechos humanos, las capas medias afectadas por las deudas, el empresariado chileno afectado por las empresas transnacionales. En ellos está la fuerza real de la democracia; ellos serán el factor decisivo en las batallas futuras. Ellos y sus luchas deben contar siempre con el apoyo irrestricto de todos, si se quiere transitar victoriosamente en los duros enfrentamientos próximos con la dictadura.

Volodia Teitelboim: "No soy un Secretario de transacción, he sido elegido por unanimidad y por cuatro años"

Volodia reiteró que entre los comunistas no hay corrientes, pero sí opiniones, y que cada comunista representa una opinión. afirmó que aunque otros partidos se han dividido en este período, el PC es "adicto a la unidad". Pero no de una manera supersticiosa, "porque esa unidad que se basa en la ausencia de diálogo no es real. Lo importante es que en el XV Congreso la polémica fue fuerte, interesante, que llegó muy a fondo, y que, sin embargo, el Partido sale de él completamente cohesionado"

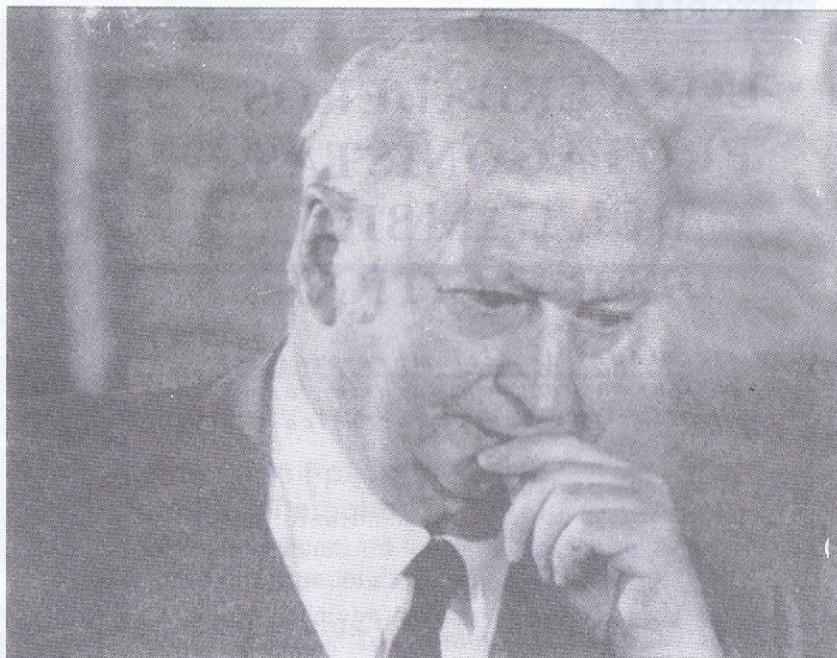
Al iniciarse la conversación con los periodistas, Volodia Teitelboim dijo:

"El XV Congreso se celebra 19 años después del XIV y debió efectuarse en octubre de 1973. El golpe lo impidió.

Debo decir que en alguna pausa de las reuniones, algún delegado con buena voz y con ganas de alegrar el ambiente con una canción, entonó algo muy conocido: aquello de que '20 años no es nada'. Uno de sus auditores dijo: '20 años no es nada, pero 19 son muchos y 16 de dictadura militar, bastante'. Creo que dentro de esta nota de humor se encerraba una clave del congreso, o más bien varias claves. En primer término, el congreso tuvo una actitud crítica hacia el propio partido, por el hecho de haber demorado tanto tiempo en celebrarlo. La tardanza tendría cierta explicación. Al fin y al cabo, un congreso comunista bajo el imperio de la dictadura encierra un riesgo. Tal es la doctrina, por otra parte, vigente en todo el mundo. Por ejemplo, bajo Hitler nunca el Partido Comunista alemán hizo un congreso dentro de su territorio. Y en los tiempos de Mussolini tampoco lo hicieron los italianos. Por lo tanto, existía una especie de tradición y nosotros nos dejamos envolver por ella".

"Pero de repente comprendimos que se estaba llenando demasiado el baúl con problemas. Porque, al fin y al cabo, 19 años es mucho y son 19 años azarosos, de etapas muy diferentes, porque el XIV Congreso se celebra en 1969. Es el congreso que trata la perspectiva de la posibilidad de la victoria popular. Trabajó la Unidad Popular, trabajó el pueblo de Chile entero la victoria de Salvador Allende, y se consiguió. Es decir, eso se inscribe en el haber, como un éxito memorable del pueblo y de la nación chilena.

Se vivió luego otra etapa: los tres años de la Unidad Popular. Los mil días presididos por Salvador Allende, con todas sus grandezas del primer tiempo en el campo



económico, con la democratización del país, con la nacionalización del cobre, con la reforma agraria, con realizaciones históricas que nosotros juzgamos erradamente irreversibles: resultaron aplastadas bajo las ruedas de los tanques. Luego corresponde la etapa más larga, estos casi dieciséis años bajo la dictadura. Un historiador, un politólogo, un estudioso, un dirigente político, pueden sentirse inducidos a establecer fases o períodos dentro de ella, pero no vamos a incurrir en eso. Ello significó que acumulamos varias épocas, muy distintas, con problemáticas extraordinariamente diversas, sin que nos hubiéramos dirigido a los estados generales del Partido, a sus bases, para que cada militante diera una opinión. Por lo tanto, una de las primeras autocríticas del congreso fue la excesiva tardanza".

Congreso clandestino

"Es evidente que celebrar el congreso con Pinochet en La Moneda, con la CNI en funciones, en medio del anticomunismo patológico del sistema, constituía un riesgo. El congreso fue celebrado en la clandestinidad, en la fecha indicada por Poli Délano, del 10 al 14 de mayo de 1989, en algún punto del territorio.

Naturalmente, hubo que tomar todas las medidas, incluso diversionistas, para que el régimen no estuviera pensando que el congreso se realizaba en ese momento. Conocidos representantes nuestros andaban frente a la prensa haciendo cosas públicas, porque esas son las artes que exige también la clandestinidad rigurosa. Habría sido extraordinariamente grave que el congreso hubiera sido detectado, detenido, lo cual hubiera constituido un gran triunfo para la dictadura y un desastre para los comunistas y también para el movimiento popular. El congreso se llevó adelante con cero falta en este sentido.

Este congreso tuvo ciertas particularidades muy notables, que lo hacen excepcionalísimo en la historia política chilena. Duró cinco meses y se desarrolló sobre la base de un sistema de pirámide, porque comenzó con la discusión sobre la convocatoria, y en función de todas las inquietudes de los militantes. Eso fue la base de la pirámide, o sea, las asambleas de células. Estas asambleas de células fueron miles. El tiempo de discusión sumó más de diez mil horas. No queríamos hacer, después de 19 años, un congreso apresurado, para que nadie pudiera decir que no tuvo tiempo de decir lo que

quería, de expresar sus inquietudes, reclamos o desacuerdos. Sin embargo, este no era el motivo principal. El motivo principal era que el partido necesitaba reencontrarse consigo mismo y saber el pensamiento de la gente de base. El congreso fue extraordinariamente vívido, dramático, crítico".

Una gran pirámide

"El congreso no se desarrolló en un punto del territorio sino a través de todo el territorio, desde Arica a Magallanes. Se estableció una separación que no era una pausa, sino una interrupción laboriosa, entre el primer escalón de la pirámide y el segundo, o sea, los congresos locales. Cada asamblea de célula eligió democráticamente sus delegados a la instancia superior, el congreso local. Se realizaron más de cien congresos locales. Pero no era solamente una segunda etapa. Debía mediar un proceso de cimientado de lo tratado en las asambleas de células. El lenguaje contemporáneo, podemos llamarle el procesamiento de la información, de las decisiones y las resoluciones que se adoptaron en las asambleas de células. Luego se realizaron decenas de congresos regionales, para celebrar, en la pauta de la pirámide, como culminación de todo este proceso, un congreso único: el congreso nacional. El congreso nacional era un gran riesgo porque no podía ser numéricamente tan escaso. Asistieron cerca de 200 participantes. Eran los miembros del Comité Central saliente; en mayor número los delegados de los congresos regionales, más algunos invitados que no tenían derecho a voto.

Otra característica de este congreso lo hace particularísimo: se proyectó a través del mundo. Hubo 34 congresos en el extranjero, correspondientes a los comunistas en el exilio, que se celebraron en cuatro continentes. Chilenos que viven a miles de kilómetros de su país, pero que son entrañablemente patriotas. El exilio les exacerba este sentimiento. El congreso tuvo una dimensión si no mundial, por lo menos internacional.

Las dudas, las quejas, las afirmaciones, los anhelos, las inquietudes de los comunistas chilenos en el exilio se asemejan mucho a las de los comunistas que viven en Chile, lo cual habla de un arraigo único a una patria que vale para todos y también el hecho que desde el extranjero, el tema de Chile está vivo. Este congreso fue deliberadamente crítico. Se estimuló la crítica, porque creemos que estamos viviendo otra época, otro tiempo. Estamos a once años del término del siglo veinte y del comienzo del tercer milenio. El mundo ha cambiado mucho y Chile se ha transformado enormemente bajo la dictadura. No podemos vivir como la mujer de Lot, con los ojos fijados en el pasado. Tenemos que mirar a Chile como es, con mucho realismo. Por eso fue importante que este congreso haya estado tan empapado de insatisfacción, de ansias de cambio y de renovación".

Rebelión popular de masas

"En lo político el Partido, y creo fue pensamiento virtualmente unánime, ratificó lo que se conoce con el nombre de Política de Rebelión Popular de Masas, pero quiero entregar la definición que el Partido hace de esa política. Es la articulación de la estrategia y la táctica en función de resolver la contradicción principal de Chile: fascismo o democracia. Su objetivo es avanzar hacia el fin del fascismo, conquistar y profundizar la democracia, garantizando el ejercicio pleno de la soberanía popular.

Posiblemente muy pocas expresiones del léxico político chileno de este siglo han sido objeto de mayor cúmulo de tergiversaciones, caricaturas, abominaciones, estigmatizaciones, como la expresión Rebelión



Popular de Masas. La Rebelión Popular de Masas es esto que el Partido define. Esto es, la decisión absoluta de luchar con el máximo tesón, con toda la izquierda y toda la oposición, para avanzar hacia el fin del fascismo, para conquistar y profundizar la democracia, garantizando el ejercicio pleno de la soberanía popular.

"Para nosotros es fundamental volcarnos por entero a asegurar la victoria del 14 de diciembre y, por lo tanto, la actividad electoral cobra gran importancia, pero siempre que se entienda que no debe confundirse con el electoralismo, es decir, con la persecución más o menos vana de diputaciones y senaturías, con la concepción de que el deber del pueblo se reduce a un solo día y a un solo momento: depositar el voto el día de las elecciones. A nuestro juicio, esta batalla está planteada desde ahora, y debe fundirse con todos los combates de nuestro pueblo, de nuestra gente, de los trabajadores, de los pobladores, de las capas medias, de los sectores de la cultura, por sus reivindicaciones directas. Por el problema del pan, del trabajo, del salario, del techo, de la salud, la educación. Es decir, para nosotros es un solo todo. No son entidades separadas. Todo esto debe constituir un nudo apretado, fundido en el objetivo de ganar las elecciones para la democracia.

LOS COMUNISTAS Y LAS FUERZAS ARMADAS

Por Felipe Delfín

“Los militares vamos a seguir haciendo política”

Declaraciones del General A. Pinochet en Punta Arenas el 17 de agosto de 1988

tado programas de transformación revolucionaria. También aquellas fuerzas que en el pasado reciente se propusieron impulsar reformas profundas dentro del sistema imperante, tuvieron que hacer frente a quienes estaban por conservar sus privilegios, los que siempre estuvieron dispuestos a manejar el recurso a la violencia armada como método de impedir los cambios.

En la coyuntura actual, derrotados políticamente en el terreno que ellos mismos escogieron, los círculos más reaccionarios que ha sustentado la dictadura durante estos 15 años se preparan para implementar una variante político-militar que les permita retener el poder real, aún cuando formalmente se modifique el régimen político. Diversas publicaciones hacen notar que Pinochet intenta parapetarse en las Fuerzas Armadas. Y los recientes cambios introducidos en el Alto Mando del Ejército parecen confirmar esa orientación. En estas condiciones, ¿cómo lograr la realización de la voluntad de la mayoría que se expresó claramente en los resultados del Plebiscito y en las grandes movilizaciones de masas que enmarcaron su realización? ¿Cómo impedir que una minoría apoyada en la fuerza represiva del Estado imponga una vez más su voluntad a los chilenos?

Lo cierto es que las fuerzas de oposición, a quienes nos une la aspiración común de construir en Chile una democracia, se han polarizado una y otra vez frente a este problema. Hemos coincidido en la apreciación de las intenciones reales de quienes han profitado del poder durante estos quince años. No podemos confiar en la vocación democrática de aquellos que han hecho gala del más absoluto desprecio de los derechos humanos, sociales y políticos del pueblo. Sin embargo, hemos discrepado no pocas veces en la definición de las formas, los medios y los métodos de lucha que deben emplearse para derrotar al régimen. En



Reiteradamente el propio Comandante en Jefe de las FF.AA. y ex candidato a la Presidencia de la República ha clarificado las posiciones del régimen que encabeza. Las tajantes declaraciones formuladas durante las semanas previas al Plebiscito del 5 de octubre fijaron de manera definitiva las posiciones doctrinarias del dictador y de quienes lo secundan en relación al tema de la intervención de los militares en la política contingente

De este modo, se puso nuevamente en primer plano el problema de las condiciones que se deben dar a nivel militar para lograr la real democratización del país. Por más que algunas fuerzas de oposición intenten soslayarlo, el “problema militar” continúa oscureciendo las perspectivas de la anhelada transición democrática.

El problema no es nuevo. Todas las fuerzas políticas que han sustentado proyectos de cambios en Chile han debido enfrentarlo. Y no sólo pensamos aquí en las que han levan-

particular, respecto de la manera en que debe encararse la cuestión militar, esto es: aquel momento insoslayable del problema del poder político que hay que resolver favorablemente si se aspira a transitar de una dictadura a una democracia, con mayor razón si se trata de una dictadura militar. Tras esta diferencia de enfoque hay algo más que consideraciones éticas o tácticas. Los comunistas hemos dicho muchas veces que no buscamos la violencia por la violencia. Y que menos aún estamos por buscar un camino que signifique sacrificios estériles a nuestro pueblo, que ya ha padecido demasiado. Las razones de fondo que explican las diferencias se encuentran en otro plano: el de las visiones distintas que sustentan las fuerzas de oposición respecto del problema del poder.

1. La cuestión militar y el problema del poder

En más de una ocasión los comunistas hemos planteado al país y a las demás fuerzas políticas opositoras nuestras posiciones. Pese a la tergiversación de nuestras ideas, los hechos nos han dado hasta ahora la razón. Continúa siendo válido nuestro punto de vista en cuanto a que enfrentados a la existencia de esta dictadura, sólo cabe luchar consecuentemente por derrotarla o posternarse ante ella. Y la práctica social y política ha mostrado que las vacilaciones y la conciliación siempre han jugado en beneficio del régimen. Por lo mismo, convencidos de interpretar con ello los intereses y los anhelos de la mayoría de los chilenos, encaramos la actual coyuntura post-plebiscito en una perspectiva de unidad con las demás fuerzas democráticas, pero también de lucha abierta y de ruptura franca con Pinochet y lo que él representa. Ello es así porque sabemos que la conquista de la democracia en Chile presupone la ruptura del actual mecanismo del poder político estatal. Mecanismo que, como todos lo saben, tiene en su centro a las Fuerzas Armadas.

En efecto, la realización del proyecto implantado en Chile por Pinochet y sus seguidores sirviendo los intereses de la oligarquía



financiera no habría sido concebible fuera de los marcos de una dictadura militar terrorista abierta. Sólo por medio de la violencia armada, de la coherción extraeconómica, ha sido posible forzar a los trabajadores del país, a la inmensa mayoría de la población, a sobrevivir en las condiciones de superexplotación que hemos conocido durante estos 15 años. Con ello, el verdadero carácter de las instituciones armadas, su lugar y función en el Estado capitalista, su papel de “última ratio” del sistema, han sido develados con el correr de los años, ante el doloroso asombro de una población que, en general, tenía una visión diferente de las instituciones militares. De este modo se han creado las bases para el derrumbe de uno de los mitos más caros a la ideología de la democracia burguesa: el de la “neutralidad” del Estado y sus instituciones respecto del conflicto de clases que divide a la sociedad civil. Muy por el contrario, los porfiados hechos demuestran día a día la vigencia de la visión leninista acerca del papel de las instituciones armadas en una sociedad de clases. El ejército —como señaló en su tiempo Lenin— “no puede ni debe ser neutral”.

Las Fuerzas Armadas en Chile, como la mayoría de los chilenos lo ha experimentado en carne propia, no han sido en absoluto neutrales durante estos años. El conocimiento que hoy existe acerca de la doctrina que busca legitimar su actuación política (la Doctrina de Seguridad Nacional), así como los resultados concretos de la gestión de los militares en el poder son más que suficientes como para hacer innecesario extenderse en pruebas de su abierto compromiso con un modelo de régimen social, económico y político. Más aún

cuando el país ha sido testigo de la renovación pública de la adhesión del Ejército a esta nefasta doctrina. El discurso que pronunció el General Sinclair, entonces aún Vicecomandante del Ejército, en el acto de conmemoración de los 15 años de la elevación de Pinochet al mando de la Institución, finaliza recordando una vez más a los chilenos que "la defensa suprema de la paz interna de un país, su desarrollo y su fuerza... corresponden por su propia naturaleza a las Fuerzas Armadas".

Pese a estos hechos, el paso de la crítica de la violencia terrorista estatal (incluyendo el terrorismo militar) a la aceptación de la necesidad de renovar profundamente las Instituciones Armadas no ha sido automático. La dirección política de la oposición democrática burguesa ha contribuido a confundir a la población en este terreno. Su tendencia a presentar la dictadura militar como algo "ajeno" a nuestra historia, como una forma "extrema" e "irracional" de existencia del Estado burgués, oscurece la comprensión por las masas del problema de la violencia militar en la política. Sin duda que la dictadura terrorista abierta es una forma particular del Estado, un "estado de excepción" en las palabras de N. Pulantzas, lo que genera una situación en la que la violencia armada se hace explícita. Pero ello no debe llevar a ignorar que lo general del Estado, su naturaleza como instrumento de cohesión, se hará siempre presente en las formas singulares que la realidad imponga a las fracciones de clase dominantes. La oposición de centro-derecha no ignora, por cierto, que también en el pasado las Fuerzas Armadas fueron utilizadas muchas veces en misiones internas de claro contenido represivo y antidemocrático. Si hoy presentan la intervención política de las Fuerzas Armadas en la sociedad como algo "anormal", es con el claro propósito de canalizar el empuje de las masas hacia un cauce que favorezca el éxito de su propia estrategia política de concertación con las actuales Fuerzas Armadas. En definitiva, **el poder político, todo poder político, se sustenta en última instancia en una fuerza militar.** En una democracia real, tal fuerza armada responde a los intereses y a la voluntad de la mayoría. Y respalda, empleando sus armas si es necesario, el desarrollo de la sociedad en la dirección que esa mayoría determina. En una dictadura oligárquica, por el contrario, la violencia armada ayuda a realizar los intereses de la minoría que detenta el poder. Esta es la cuestión de fondo, que no puede ser eludida en el debate sobre el futuro

democrático en Chile. Señalemos de inmediato que la afirmación anterior no tiene nada que ver con una concepción militarista. Por el contrario, esta visión plantea a las fuerzas revolucionarias que aspiran a ser dominantes en el Estado el desafío permanente de conquistar y mantener la hegemonía (en su doble aspecto de consenso y cohesión) sobre la sociedad. Para ser más explícitos: construir una democracia avanzada no significa sólo crear el marco político y militar en el que se podrán realizar los intereses de la mayoría, sino también importa la responsabilidad de ganar para esa tarea la voluntad de la mayoría.

2. Las Fuerzas Armadas y la lucha por la Democracia

A diferencia de otras fuerzas opositoras, los comunistas nunca hemos pretendido desconocer que en todo régimen social las Fuerzas Armadas tienen una función interna. Esta realidad es la que nos lleva a **propiciar un cambio del carácter de las Instituciones Armadas, que coloque en el centro de su nueva doctrina la defensa irrestricta de una democracia real.** Que subordine a unas Fuerzas Armadas actoras del desarrollo de su Patria a un poder generado por la libre expresión de la mayoría. Un poder político con el cual los Institutos Armados se identifiquen y en el que participen activamente. Por lo mismo, a nosotros no nos asombra que los militares adeptos al régimen intervengan hoy día abiertamente en los asuntos políticos. ¿Cabría, en efecto, esperar una actitud distinta por parte de quienes han hecho pública profesión de un pensamiento retrógrado? Más que criticar entonces abstractamente la "intervención" militar, pensamos que lo que cabe es favorecer la actuación política de los militares de vocación democrática, también reprimidos (cuando no eliminados) por la dictadura. En contraste con esta posición nuestra, el discurso público de otras fuerzas de oposición pretende el "retorno a los cuarteles". Y levante la teoría de una pretendida "función propia" de las Fuerzas Armadas, que las colocaría al margen de las contiendas políticas. Vana pretensión de los que así actúan, animados tal vez de las mejores intenciones. En ninguna parte del mundo moderno encontramos estas Fuerzas Armadas "apolíticas". Quienes sustentan esta visión ignoran o quieren ignorar el hecho incuestionable que las Instituciones Armadas son un componente esencial del Estado, es decir, de la organización política más importante de la sociedad. Toda la práctica estatal demuestra lo

contrario de lo que afirma la oposición burguesa. **Mientras no haya una crisis política que conmueva al mecenismo del poder establecido,** las Fuerzas Armadas respaldarán institucionalmente la actuación de ese poder, incluso con sus armas. En este sentido, sin perder de vista, por cierto, las diferencias de régimen social, lo planteado es tan válido para los Estados Unidos como para Francia, Polonia o la Unión Soviética.

Haciendo mofa de aquel discurso de parte de la oposición, los militares identificados con la dictadura se jugaron ayer abiertamente por su "proyección". Y se aprestan hoy a utilizar la forma "institucional" que ha dado el régimen al ejercicio de la violencia armada en contra de sus opositores.

La expresión más clara de lo anterior es la propia Constitución de 1980. Por la vía de conformar el Consejo de Seguridad Nacional como una especie de "superpoder", verdadero "poder dentro del poder estatal", la Constitución consagra explícitamente a los militares en el papel de garantes supremos de la dominación de la oligarquía. En efecto, el Consejo de Seguridad Nacional tiene un poder omnímodo sobre las instituciones del Estado. Más aún, la Constitución reserva de hecho al COSENA también la facultad de autogenerar el mando supremo militar.

La necesidad de modificar profundamente la Constitución de 1980 es entonces un presupuesto de la construcción de un régimen democrático. Los más destacados políticos de la oposición lo han señalado en múltiples oportunidades. Pero si bien coinciden en esta necesidad los partidos y organizaciones que se ubican en una consecuente postura de oposición a la dictadura, las diferencias que resultan de los proyectos de clases distintos que postulan han dificultado hasta ahora alcanzar un acuerdo de fondo sobre estos asuntos. Tal acuerdo debiera significar la ruptura del "marco de hierro" que impone la Constitución al desarrollo democrático. **Y uno de sus contenidos fundamentales debe ser la renovación de las Fuerzas Armadas.** Sabemos que la renovación democrática de las Fuerzas Armadas no es tarea sencilla. De lo que hemos señalado más arriba, ella se hace posible sólo en momentos singulares del desarrollo social, cuando una mayoría consciente y organizada puede promover con éxito la tarea de superar el divorcio que ha llegado a producirse entre la política del poder



establecido y la posibilidad de realización de sus intereses y aspiraciones. En estos momentos, normalmente de aguda crisis política, cuando se va a sintetizar todo un período de maduración de contradicciones y conflictos sociales, la polarización política tiende a penetrar también en los cuarteles, induciendo tendencias a la **diferenciación militar.** Al surgimiento de corrientes de opinión, a veces organizadas entre los propios hombres de armas. Así discurre la realidad. Por lo mismo, adiferencia de quienes hacen la apología del militarismo, para los comunistas las **Fuerzas Armadas no son la expresión de un abstracto "ser nacional".** Ni menos son el "alma" de la Nación. En cada situación concreta, en cada momento singular de nuestra historia, las Fuerzas Armadas han jugado un papel. Pero ello siempre ha traducido una toma de posición. A veces en un sentido progresivo, favoreciendo el desarrollo de la nación. En otras, por el contrario, retardando, incluso con la violencia, ese desarrollo. La historia nos da ejemplos que, por ser distantes, ayudan a comprender mejor estos fenómenos. ¿Cuál de los dos bandos en pugna que se enfrentaron en Concón y Placilla durante la contrarrevolución de 1891 expresaba mejor



el sentido nacional de desarrollo de Chile? ¿Los vencedores, que se levantaron contra Balmaceda, o los vencidos de entonces, con el Presidente mártir a la cabeza? O, pensando en realidades más próximas, ¿qué Jefes militares interpretaron con mayor propiedad las exigencias patrióticas del momento en que les correspondió actuar? ¿El Ariosto Herrera que buscó el cuartelazo contra el naciente gobierno de Pedro Aguirre Cerda o los militares que se jugaron en esos días por el surgimiento de un régimen más avanzado? Y, durante el gobierno de Eduardo Frei, que impulsó la reforma agraria como una exigencia objetiva para el desarrollo del país, ¿interpretaron el "alma de la nación" los militares que se propusieron bloquear el camino que se abría en el país? Pueden encontrarse muchos ejemplos. Y no siempre quienes han resultado vencedores en el campo de batalla han sido portadores del progreso de sus pueblos. Hitler alcanzó la victoria en no pocas batallas antes de ser derrotado por las fuerzas progresistas del mundo. Y también se autoproclamó más de una vez intérprete del "ser nacional" alemán... No. Las Fuerzas Armadas cambian al ritmo de los tiempos y de las exigencias del progreso. Y los militares, hoy como en el pasado, en Chile como en todo el mundo, enfrentan como ciudadanos la responsabilidad de actuar con su pueblo o contra él. Ayudando a abrir paso al progreso social, el bienestar de la mayoría y la democracia o colocando su espada al servicio de causas injustas. Cuando los comunistas planteamos la necesidad de democratizar las actuales Fuerzas Armadas, la necesidad de cambiar su carácter, no estamos entonces impulsando un antimilitarismo vulgar. No estamos por la "liquidación de las Instituciones Armadas", como predica la

propaganda de la dictadura. Nos pronunciamos por Fuerzas Armadas profesionales, eficientes, disciplinadas, jerarquizadas y bien equipadas. Pero, al mismo tiempo, queremos que sean Fuerzas Armadas verdaderamente nacionales, que ayuden a las fuerzas democráticas a impulsar el desarrollo del país.

En este sentido, tampoco hemos sido partidarios de una propaganda indiscriminada contra los uniformados. Sabemos que entre los

hombres de armas hay partidarios de la democracia y defensores de la dictadura. La lucha entre dictadura y democracia pasa por el interior de los cuarteles. Y entendemos como nuestra obligación contrarrestar la presión ideológica a que son sometidos actualmente los militares. Por lo mismo, estimulamos un debate abierto sobre los problemas de la Defensa Nacional, problemas que competen y afectan a todos los chilenos, porten o no uniforme.

3. Una doctrina para la renovación de las Fuerzas Armadas

Toda organización tiene una doctrina militar. Esa doctrina sintetiza la visión y los criterios fundamentales que tiene ese partido o movimiento respecto de los posibles conflictos armados en que podría verse involucrado, así como de los métodos y medios militares que debería emplear para resolverlos. Toda organización aspira a realizar su doctrina militar en caso de acceder al poder político estatal. En esa situación, la doctrina militar de las fuerzas que se hacen cargo del Estado pasa a ser al mismo tiempo la doctrina militar del país. En esta formulación general se encierran problemas de enorme trascendencia. Como se sabe, la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN), asimilada por las Fuerzas Armadas de Chile bajo presión de los Estados Unidos, definió como hipótesis de guerra más probable la "interna" o "antisubversiva". Ello determinó, en primer lugar, el privilegio de las misiones internas sobre las externas en la actividad de las Fuerzas Armadas y, en correspondencia con ello, una drástica readecuación de las Instituciones de Defensa a ese tipo de conflicto (expresada en cambios de estructura, equipamiento, dislocación, etc.). Los trágicos

resultados de la aplicación práctica de esta doctrina son suficientemente conocidos: la DSN es la doctrina que transformó en "enemigos" de las Fuerzas Armadas a la mayoría de los chilenos. La doctrina que impulsó a las Fuerzas Armadas a ocupar militarmente su propio país.

Los contenidos profundamente antinacionales, antipopulares y antidemocráticos de esta doctrina se reflejan en la Constitución del '80, la Constitución de la "proyección" de Pinochet y su régimen. Por lo mismo reemplazar esa doctrina y renovar las Fuerzas Armadas en torno a nuevos contenidos es una de las claves de la transición a una democracia. Los comunistas pensamos que la reformulación de la Doctrina Militar debiera incluir tres contenidos principales, que expresan el carácter del nuevo orden que los demócratas aspiramos a establecer en Chile. Se configurará así una Doctrina Militar nacional, popular y democrática.

a) El contenido nacional expresa el profundo anhelo independentista de nuestro país y de los pueblos de América Latina. De acuerdo con ello, la misión principal de las Fuerzas Armadas en el plano externo consiste en garantizar el pleno ejercicio de la soberanía nacional contra toda forma de presión o agresión exterior. Esto significa resguardar el derecho del país a adoptar aquel régimen económico y político que crea que corresponde mejor a sus intereses, así como a insertarse política y económicamente en la arena internacional con plena autodeterminación. Lo cual confiere a un proyecto nacional de desarrollo un claro carácter antimperialista, que subraya el derecho de Chile a adoptar sus decisiones al margen del esquema de "política de bloques" o de trasnochadas "fronteras ideológicas" en que lo ha colocado la dictadura. Estamos ciertos que este concepto de doctrina interpreta a la mayoría de los chilenos. Y se corresponde con lo que formuló con visión de estadista el inolvidable general Carlos Prats: "la misión permanente de las Fuerzas Armadas es resguardar la soberanía nacional en el ámbito geoeconómico". Esta concepción implica, por lo mismo, la reivindicación de las ricas tradiciones independentistas en que se fundaron las Fuerzas Armadas de Chile. En el plano técnico-profesional, una doctrina nacional significa independencia para decidir respecto a la producción y selección de armamentos, medios y sistemas de defensa. Significa también contar con Fuerzas Armadas modernas, tecnológicamente avanzadas, con capacidad

científica y técnica propias, integradas a los centros de desarrollo del país en proyectos de carácter civil o militar.

En el plano político-militar, significa adoptar decisiones para modificar premisas básicas en las que se sustenta la actual doctrina militar, apuntando a:

- impulsar la transformación definitiva del llamado "sistema interamericano" en un instrumento de coordinación de la política exterior de las naciones de América Latina orientado a la defensa de sus intereses;

- desahuciar los instrumentos vigentes del sistema de defensa interamericano que signifiquen posibles canales de influencia de potencias extranjeras en los asuntos internos;

- obtener la reincorporación a los organismos del grupo de países "no alineados", que impulsan una política exterior de paz, de distensión internacional, de coexistencia pacífica, de autodeterminación de los pueblos y de no intervención;

- realizar una política enfilada a la solución pacífica de las diferencias y conflictos fronterizos entre los Estados hermanos de la región.

b) El contenido popular de la doctrina militar debe expresar la esencia del carácter del poder estatal que aspiran a conformar las fuerzas democráticas, esto es que la soberanía reside en el pueblo. De aquí resulta la misión principal de las Fuerzas Armadas en el plano interior: garantizar el libre ejercicio de la soberanía, impidiendo su enajenación por grupos sociales minoritarios y privilegiados. Por cierto, este contenido no es neutral respecto de lo que ha ocurrido en estos 15 años. Traduce el necesario carácter antioligárquico que deberá tener el orden social y económico que resulte del enfrentamiento entre democracia y dictadura. Pues está claro que en Chile no habrá democracia real si no se pone freno al odioso predominio de los grupos económicos que han expoliado a la mayoría del país. En la medida en que se ponga en práctica un nuevo concepto de desarrollo del país, las Fuerzas Armadas no deben permanecer al margen de ese proceso, sino, por el contrario, asumir con propiedad su papel de actores sociales. Desde este punto de vista, una doctrina militar popular no pretende entonces un abstracto "retorno de los militares a sus cuarteles". Nuestra experiencia, avalada por la opinión de no pocos jefes militares de pensamiento democrático, nos hizo ver las graves consecuencias del divorcio entre el mundo civil y el militar. De aquí que si bien planteamos la necesaria reconfor-

mación del mecanismo del poder, en particular la generación democrática del Gobierno, nos pronunciamos por reconocer a las Fuerzas Armadas, paralelamente a sus funciones de resguardo de la soberanía interna y exterior, un papel destacado en la realización de grandes tareas de envergadura sectorial y nacional, especialmente en aquellas áreas que tienen directa incidencia en la Defensa Nacional, tales como energía, transporte, comunicaciones, obras de infraestructura, explotación de recursos naturales, habilitación del territorio y ramas estratégicas industriales. Cuestión a la que también tuvo ocasión de referirse el General Prats cuando reconoce su contribución a "una participación realista de las Fuerzas Armadas en las grandes tareas del desarrollo del país que tienen trascendente incidencia en la seguridad nacional".

c) El contenido democrático de la Doctrina Militar expresará el hecho que las Fuerzas Armadas serán soporte y componente esencial de la nueva institucionalidad y del nuevo poder que se dé el pueblo a través del ejercicio de su soberanía. Por lo mismo, las Fuerzas Armadas democráticas son organizaciones militares que no se deben a un régimen político estático o histórico, sino al proceso de transformaciones que impulse la mayoría de la nación.

De lo anterior, nuestra doctrina plantea un nuevo concepto de Seguridad Nacional, en el que las Fuerzas Armadas son el eje de un Sistema Democrático de Defensa. Un sistema que permita concentrar en un momento dado todo el potencial humano, económico y tecnológico del país. Concebimos a las Fuerzas Armadas como instituciones profesionales de gran efectividad técnica, adecuadamente equipadas y conformadas por personal dotado de las más elevadas cualidades morales, unidas sólidamente por una doctrina que refleje los intereses y aspiraciones de la mayoría de los chilenos. Por lo mismo, y sin perjuicio del respeto a las normas de disciplina y estructura jerarquizada propias de toda institución militar, entendemos que el acceso a las Fuerzas Armadas de Chile debe estar abierto a todos los ciudadanos que reúnan las condiciones físicas y morales que exige el ejercicio de la profesión militar. De este modo se logrará una verdadera unidad entre el pueblo y los militares, condición reconocida en todas las latitudes como garantía última de la Defensa Nacional. La implementación de esta nueva Doctrina Militar expresará el cambio cualitativo de

la relación entre las Fuerzas Armadas y las fuerzas políticas y sociales chilenas que exige el proceso de democratización. Corresponderá a las Fuerzas Armadas animadas de esta doctrina garantizar el marco militar en el que se pueda impulsar con éxito el proyecto de reconstitución nacional.

Seguramente habrá quienes sostengan que no es posible lograr un reencuentro de los militares profesionales con su pueblo. Y no pocos harán notar que muchos militares, sobre todo oficiales, difícilmente podrán llegar a comprometerse con un proyecto de transformación democrática de su Patria y de sus propias Instituciones, por lo cual se inclinarán a sacar de la discusión pública este asunto crucial. No podemos negar que los largos años de prédica incesante de una ideología antidemocrática entre los militares han surtido efecto. Pero también es cierto que en muchos momentos de nuestra historia se han levantado en los cuarteles voces que han sabido recoger el legado de los próceres y motivar a sus compañeros de armas a asumir con rectitud su compromiso con la historia. Los comunistas tenemos confianza en el futuro. Confianza en que nuestro país transitará desde el actual escenario, marcado por la violencia y la arbitrariedad de una minoría sustentada en las armas, a uno de libertad, en el que la misión de los uniformados sea la de coayudar a la realización de los intereses y aspiraciones de la mayoría. Hemos recordado en estas páginas al general patriota Carlos Prats. Y no lo hemos hecho por azar. En estos días recordaremos un nuevo aniversario del crimen alevé que cegó su vida. Cuando una vez más la historia coloca a los hombres de armas en la disyuntiva de estar con su pueblo o contra él, las figuras de Prats y Pinochet encarnan esas opciones. El primero elevó a las Instituciones Armadas a un alto sitio en la conciencia de los chilenos. El segundo las hundió en un pantano de indignidad. El primero vio en la unidad entre las Fuerzas Armadas y el pueblo la base de una sólida y efectiva seguridad nacional. El segundo ha creado un abismo entre los militares y la inmensa mayoría de los chilenos. Al proponer nuestros criterios fundamentales de Doctrina Militar, los comunistas estamos seguros de interpretar con respeto el ideario y la noble actitud de los militares caídos en defensa de la libertad. Y lucharemos para que su ejemplo inspire la necesaria renovación de las Fuerzas Armadas de Chile.

VICTOR DIAZ LOPEZ: El padre y el demócrata

Mi papá tenía una risa tan grande, ruidosa, y yo sentía que resonaba en el teatro y gozaba con ello", recuerda Victoria, la hija mayor del ex subsecretario general del Partido Comunista, Víctor Díaz López, desaparecido desde el 12 de mayo de 1976, tras ser secuestrado por la DINA en un espectacular operativo armado



“Cuando miro hacia atrás, recuerdo la época en que éramos muy pequeñas, me acuerdo cómo jugábamos con él. Ahí en la calle jugábamos a la pelota y encumbrábamos ‘chonchones’. Corríamos y nos reíamos a carcajadas. Es un recuerdo que contiene mucha alegría. Después fuimos creciendo y entonces salíamos con él y con mi mamá. Ibamos al cine, a él le encantaba, y nos llevaba a ver todo tipo de películas. Cuando eran para niños, las disfrutaba igual que nosotros, pero a mí me parecía que se reía más”, agrega la “Toya”.

Y es que eso era Víctor Díaz, “el Chino”, alegre, simple, muy sensible y que amaba profundamente a su pueblo. Fue un hombre capaz de entregarse por entero a su intensa actividad partidaria y de compartirla con su familia. En suma, era un comunista, un demócrata ejemplar. Quizá por esto los enemigos del pueblo le tenían tanto odio. Desde el mismo día del golpe de Estado empezó a ser perseguido por las fuerzas represivas, hasta que en una fría madrugada de mayo del '76 dieron con él, en una casa del barrio alto, donde mantenía sus tareas partidarias en la clandestinidad. Porque Víctor Díaz sabía que arriesgaba quedándose en el país, destruido por el fascismo, pero estaba dispuesto a dar la vida por su causa: la de los trabajadores y del conjunto del pueblo. Cuando fue capturado, los agentes estaban eufóricos, orgullosos llamaron a su jefe para contarle la “buena nueva” de que al fin tenían al “Chino”. Lo tiraron al suelo, lo esposaron, le dieron mil golpes hasta dejarlo casi sin habla, para llevarlo a la rastra, con su pijama, sus zapatos y un chaquetón sobre los hombros, con destino a uno de los numerosos cuarteles secretos. Sólo se supo que estuvo en la Villa Grimaldi y de allí su rastro se perdió...

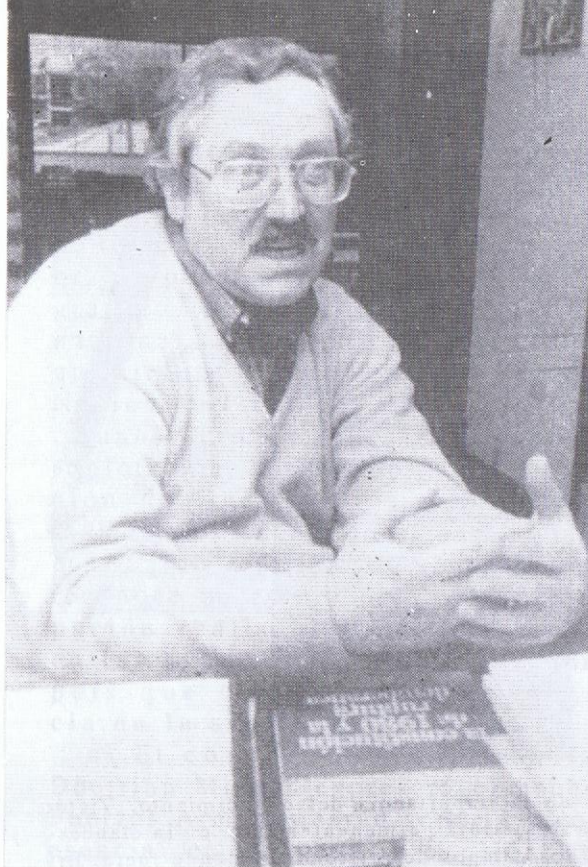
Un autodidacta de origen proletario

Nació en primavera, en noviembre de 1919 en Ovalle, en el seno de una familia proletaria. Era el mayor de cinco hermanos y desde los ocho años tuvo que empezar a trabajar, en lo que fuera. La familia, debido a la situación económica, debió trasladarse al norte, a Tocopilla, y el pequeño Víctor dejó inconcluso sus estudios, hasta tercera preparatoria. Quizá por eso, la única exigencia que les haría más tarde a sus hijos era que estudiaran.

Consciente de la importancia del conocimiento, Víctor Díaz leía y se instruía permanentemente, en la clandestinidad, en los campos de prisioneros, donde fuera. Era un autodidacta. Cuando tenía casi 18 años entró a trabajar en la mina La Despreciada de Tocopilla, donde formó parte del sindicato, iniciando su actividad pública en la lucha por las justas reivindicaciones de los trabajadores. Así, en 1940 ingresó al Partido Comunista, donde poco a poco fue asumiendo responsabilidades partidarias, entendiendo que su partido era la mejor trincherita de lucha contra la explotación.

En 1947 se casó con una hermosa mujer, Selenisa Caro, modista y muy católica, que a pesar de no ser militante, lo acompañó y respaldó en toda su actividad política hasta su desaparición. El también era muy respetuoso de su pensamiento independiente, pero comprometido con los más pobres. Tuvieron tres hijos: Victoria —a quien sólo conoció cuando tenía siete meses, ya que estaba relegado en Pisagua—; Viviana, activa militante de la Agrupación de Detenidos Desaparecidos, cuyo rostro ya se ha hecho conocido en el mundo debido a su participación en manifestaciones callejeras demandando justicia, y Víctor, su eterno compañero en las concentraciones populares, hoy detenido por hacer uso del legítimo derecho a la rebelión y por intentar reivindicar la historia de este pueblo desangrado.

Entre campañas políticas, detenciones, relegaciones, y su trabajo partidario, Víctor jamás se olvidó de los suyos. Siempre recordaba un cumpleaños o alguna fecha especial para la familia. Si no estaba con ellos se las ingeniaba para hacerse presente de algún modo. De obrero gráfico y trabajador de la empresa Horizonte, el “Chino” Díaz pasó a ser dirigente nacional de la CUT. En 1965 fue elegido miembro de la Comisión Política del PC y durante el gobierno popular fue designado subsecretario general del partido, donde ejercía sus tareas de una manera implacable, sin claudicaciones. No sólo su tenacidad y capacidad política quedaron en evidencia durante el gobierno del presidente Allende, sino también su profunda humildad y apego a la clase obrera. Vivió siempre en la misma casa de la comuna de San Miguel, sin lujos ni prepotencia. Era un hombre íntegro, un revolucionario. De aquellos imprescindibles, de los que luchan toda la vida...



Luis Maira,
Presidente del PAIS,

“EN CHILE LA IZQUIERDA ES UN ACTOR CENTRAL”

Tras la creación del Partido Amplio de Izquierda Socialista -PAIS- se completó el espectro del panorama político, que tradicionalmente en Chile ha reservado un lugar importante a las fuerzas de avanzada representadas por los partidos de izquierda. Ciudadanos pertenecientes al área de partidos tan influyentes como la Izquierda Cristiana, el Comunista, los radicales de Aníbal Palma, los socialistas de Almeyda y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, se inscribieron masivamente en el PAIS, que enteró en un plazo récord su cuota de firmas para inscribir al nuevo partido en el registro electoral.

Presidente de la colectividad es Luis Maira, de 48 años. Máximo dirigente de la Izquierda Cristiana, inició su carrera política como dirigente juvenil y fue posteriormente diputado del Partido Demócrata Cristiano. Tras un largo exilio en México, donde trabajó como profesor universitario, Maira aparece como uno de los personajes más respetados en la política chilena.

¿Cómo ve usted la transición a la democracia en Chile?

—Yo creo que aquí no habrá convivencia ni democracia si no volvemos a los dos principios básicos que hicieron posible la convivencia en la sociedad chilena: un gobierno civil e impersonal, y Fuerzas Armadas subordinadas a la autoridad civil.

“Desde el golpe de Estado en Brasil, en el año 1964, se ha levantado en América Latina una nueva concepción militar —hija de la Guerra Fría, de la intolerancia, del enfrentamiento y de las fronteras ideológicas— que ha querido asignar a los militares y a las Fuerzas Armadas en su conjunto ciertas tareas incompatibles con su rol profesional propio, que han acabado desnaturalizando su papel en nuestras sociedades.

“Pensar, por ejemplo, que a las Fuerzas Armadas les corresponde un rol de orden público interno, o que ellas son garantes o tutores de la institucionalidad, es convertir a los militares en una fuerza política deliberante. En forma permanente, esas FF.AA. tienen que estar sujetas a ciertos valores conservadores y, lógicamente, acaban por ser enemigas estratégicas del movimiento popular y de cualquier desarrollo democrático en la sociedad. Eso desnaturaliza el papel de las Fuerzas Armadas y les quita capacidad profesional”.

—¿Acaso los militares no se han dado cuenta de esta situación, ni en Chile ni en otros países del continente?

—Acabo de leer un libro de un académico norteamericano de la Universidad de Columbia. Se trata de la obra “Repensando a los Militares”, del profesor Alfred Stepan. En el libro, el autor, que es un especialista en transiciones, hace varias consideraciones

que deberían leer nuestros oficiales de las Fuerzas Armadas. Por ejemplo, revela la forma en que los militares brasileños estudiaron la derrota de los argentinos en la guerra de las Malvinas, y analizaron hasta qué punto los principios de la doctrina de la Seguridad Nacional y de la guerra sucia librada en el interior de su propio país, acabaron por anular la capacidad profesional de los militares argentinos. Más aún, el comportamiento autónomo en labores represivas de cada una de las ramas de la Defensa, impidió la realización de actividades conjuntas en el plano estrictamente militar.

“Todo ello fue decisivo para el desenlace del conflicto bélico entre Gran Bretaña y Argentina. Los brasileños llegaron a la conclusión de que no podían arriesgarse a un nivel de decadencia profesional tan grave como el de los argentinos, por inmiscuirse indebidamente en procesos políticos que deben manejar otros. De allí surgió en Brasil una voluntad de reprofesionalización de las FF.AA., que tiene una orientación conservadora, pero que en los hechos los aleja de la política partidista contingente.

“Cuando uno contrasta esta situación con lo que sucede en Chile, y con lo que se lee en las recientes declaraciones militares —tanto las oficiales como la apócrifa— uno descubre que la deliberación se ha convertido en algo permanente. Incluso la idea de tener un cuerpo de supervisión —como es el llamado Consejo de Seguridad Nacional, en el que hay mayoría militar— para que fiscalice y vigile a la autoridad democrática civil, es algo que los militares consideran válido. El papel político permanente del Ejército es considerado como una cuestión substancial. La misma permanencia del conductor político de este proceso en el cargo de comandante en jefe, es percibido como algo que tiene que ser defendido.

ENTREVISTA

“Resulta obvio, entonces, que entre la democracia que hay que reconstruir y este tipo de deformaciones, de sesgos, que alejan a las Fuerzas Armadas del cumplimiento de sus tareas profesionales, hay un abismo. Pero no podemos pasar de la dictadura a la democracia sin resolver también este problema, sin recomponer un nuevo relacionamiento entre la civilidad y las Fuerzas Armadas”.

—Hay aquí un problema muy delicado que deben resolver los militares con ayuda de los civiles, ¿verdad?

—Yo creo que éste no es sólo un problema de los militares. Hay aquí una agenda muy compleja y muy rica, donde vamos a tener que tratar muchos temas, porque se trata de un dilema de toda la sociedad. Fue un grave error que cometimos en el pasado el establecer un ‘compartimento estanco’ y un comportamiento diferenciado entre civiles y militares.

“El problema de definir cuál es la política del Estado chileno en materia de Defensa, y cuál es la organización más eficiente, los recursos que deben destinarse a las Fuerzas Armadas para el mejor cumplimiento de su función profesional, así como la forma de evitar la deliberación política en las filas, son tareas que tendremos que asumir en conjunto como parte del debate nacional”.

—¿Y no influirá en ese debate de que usted habla, la existencia de un cierto espíritu antimilitarista en la izquierda?

—Yo creo que se debe partir del principio básico de que nosotros, la izquierda chilena, no somos enemigos de los militares. Nunca hemos considerado que la tarea de la izquierda sea anular la expresión profesional de las Fuerzas Armadas. Por el contrario, si uno examina los gobiernos de izquierda que ha habido en Chile, desde don Pedro Aguirre Cerda hasta Salvador Allende, fueron gobiernos en los cuales las Fuerzas Armadas encontraron siempre las puertas abiertas, dispusieron de recursos amplios, se les brindó oportunidad de diálogo y se les tuvo consideración. Nosotros nunca hemos perseguido a los militares; no nos interesa perseguirlos, sino mantener con ellos una leal relación profesional. Nos interesa la defensa del Estado, y pensamos que esa es una labor profesional muy importante. Actuaremos también en el futuro tomando en cuenta esta consideración.

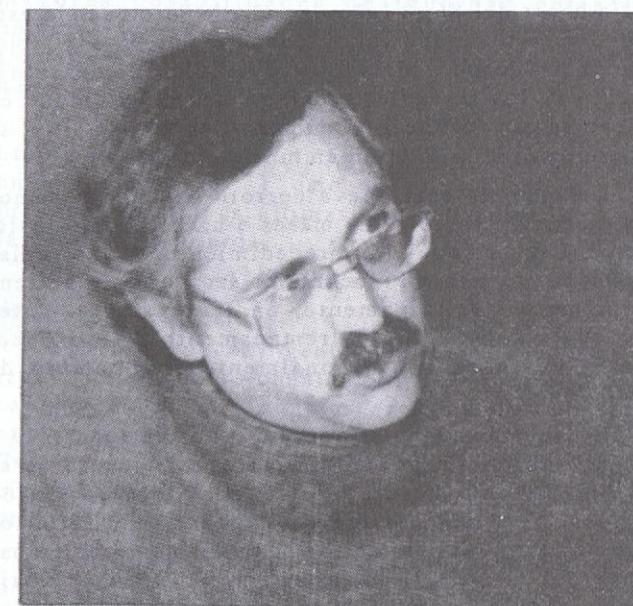
“Por lo demás, creo que desde la izquierda podemos enfocar con mucha autoridad, con mucha transparencia, todos estos problemas, porque la izquierda chilena es una de las menos antimilitaristas de América Latina. Esta es la simple constatación de un hecho. Nunca le hemos declarado la guerra a las Fuerzas Armadas, nunca hemos aceptado como lícito un clima de guerra entre los militares y los civiles, o entre aquellos y los partidos populares. Siempre los hemos visto como un segmento necesario y profesional del Estado.

“El problema, como ya lo he dicho antes, es la doctrina militar que reemplazó a la concepción con que Chile nació y se desarrolló desde el siglo XIX. Esa nueva concepción, concretamente la llamada

doctrina de la Seguridad Nacional, debe ser desterrada porque es incompatible con la democracia y con nuestra propia evolución de la sociedad. Recordemos a Portales, ese político e ideólogo conservador, que planteó las dos bases de la sociedad chilena, que mantienen plena validez a fines de siglo XX: el gobierno civil e impersonal, y la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder político civil”.

—El PAIS se define como “partido instrumental” de la izquierda chilena. Pero, ¿qué es ser de izquierda hoy día en Chile?

—Antes que nada hay que decir que la izquierda ha sido el centro de la persecución, de la represión, y de la mayor cantidad de víctimas que se pueda



imaginar en la sociedad chilena. Entonces, ¿qué fuerza se le puede exigir a un bloque que ha sufrido durante quince años una represión tan sistemática? ¿A qué puede aspirar la izquierda al final de este proceso?

“Digamos también que la izquierda, en la mayoría de los países que han sufrido dictaduras militares —especialmente las de las últimas décadas en América Latina, bajo la doctrina de la Seguridad Nacional— ha experimentado en la fase inicial de la apertura importantes reducciones de su base de apoyo. ¿Por qué? Porque las transiciones después de estas terribles dictaduras que amedrentan al conjunto de la sociedad, generan una disposición a la moderación temporal. Y mucha gente que sigue siendo de izquierda como proyecto a largo plazo cree, sin embargo, que para lubricar la transición, para hacerla más suave, es mejor que al comienzo el revelo vaya a manos de una fuerza más moderada. Y las fuerzas del centro político aparecen privilegiadas desde el punto de vista del apoyo social y electoral.

“En Chile, a mi juicio, va a ser igual. La izquierda está castigada en su reinserción al sistema político en esta fase inicial. Lo cual no quiere decir que su reducción vaya a ser permanente, sino que muchas

veces, por el contrario, las fuerzas de centro se desgastan en administrar estas transiciones que son siempre difíciles. Y la izquierda rápidamente empieza a recuperar su espacio histórico. Después de un cierto tiempo de democratización, por formal que sea, la izquierda recupera la plenitud de sus derechos políticos”.

La segunda derrota

“Hay todavía una segunda idea. Diez años después del golpe, en 1983, cuando se produce una suerte de apertura en los marcos del régimen, la izquierda surge con fuerza, con iniciativa y con movilización social. El proceso va en alza, con protestas, con acciones combativas. Muchos dirigentes creyeron que la acumulación de fuerzas desde 1983 hasta 1986 permitía hacer del 86 el ‘año decisivo’. Pero cuando este año decisivo no fue tal, y cuando, por el contrario, Pinochet —después del doble episodio del descubrimiento de los arsenales y del fracaso del atentado en su contra— se fortalece e impone el estado de sitio, se produce desmoralización en mucha gente.

“Después de esta nueva derrota de 1986 pasamos del escenario social y de masas a un escenario institucional, en el cual los procedimientos y las reglas del juego las ponía Pinochet. La izquierda lo entiende primero instintivamente, en las entrañas, antes que en la cabeza. Es extremadamente difícil hacer que la gente asuma racionalmente este cambio de situación.

“Nos costó mucho convencer a los dirigentes y a los militantes. Entonces yo creo que la izquierda se dividió dramáticamente. No tuvimos sincronización en nuestro ingreso a este nuevo escenario. ¿Entramos o no entramos al plebiscito? ¿Trabajamos o no trabajamos por el NO? ¿Nos inscribimos o no nos inscribimos en los registros electorales? Fueron todas preguntas que desgarraron a la gente que había hecho el esfuerzo principal desde el comienzo por poner término a la dictadura.

“Entonces, hablamos de una izquierda que, primero, es golpeada brutalmente. Es la destinataria de la represión desde el 11 de septiembre de 1973. Segundo, que es derrotada por segunda vez en el año decisivo, en 1986. Y tercero, que tiene un proceso de respuestas no sincronizadas casi hasta las vísperas mismas del plebiscito.

“Con todo, yo creo que hay un dato que ningún observador desconoce hoy día. La izquierda está aquí. Es una izquierda estructurada nacionalmente. No hay ningún rincón de Chile donde la izquierda no exista. Y es un bloque político que tiene un grado de unidad creciente.

“Yo estoy seguro, además, que con la resurrección del movimiento social —que es como la carne que le da cuerpo al esqueleto de los partidos políticos de la izquierda—, que va a venir con la democratización, inevitablemente, la izquierda se va a hacer más fuerte social y políticamente.

“Esta es una izquierda que tiene un futuro importante. Es un actor central del Chile de hoy y, sobre todo, del Chile del mañana. Hay que mirarla

más en la perspectiva a largo plazo que a corto plazo. Sus dirigentes no deben perder la calma. Este problema no se juega en cuántos diputados o senadores, o qué porcentajes sacamos el 14 de diciembre. Ese día tenemos que mostrar nuestra existencia, nuestra fuerza potencial.

“Tenemos que demostrar lo que somos, pero no estamos dramáticamente exigidos de un éxito espectacular. Por eso hemos buscado fórmulas para el entendimiento unitario que privilegian más la suma de fuerzas de todos los sectores de oposición.

“La izquierda va a estar en el orden de un veinte por ciento a nivel electoral. Yo creo que va a estar ahí y no más arriba que eso. Lo demás sería triunfalismo. Pero no creo que estemos más abajo”.

—Pero, ¿qué significa ser de izquierda?

—Lo primero que yo diría es que ser de izquierda ha cambiado en todo el mundo en los últimos veinte años. En Chile hay una ignorancia pasmosa de la mayoría de los procesos de cambios en el mundo. Todavía hay gente que cree que la *perestroika*, por ejemplo, es un truco, un juego de palabras, una manera de camuflarse de parte de la dirección soviética. Creen que la posición norteamericana en el mundo es la misma de hace diez o veinte años. Están en la época de la segunda guerra fría. No se dan cuenta de que la política de Reagan en esa materia fracasó estrepitosamente y tuvo que reorientarse en función de las presiones que venían de la propia sociedad norteamericana”.

Los logros de la UP

“Mucha gente no entiende hasta qué punto ha cambiado la situación mundial. El proyecto de la Unidad Popular sería un proyecto unimaginable en el Chile de hoy. Primero, porque la UP se propuso un conjunto de cosas que paradójicamente consiguió: nacionalizar el cobre y hacer reforma agraria, entre otras. Fueron irreversibles, para usar expresión tan en boga en los años de la UP y que después tanto nos arrepentimos de haber usado. Pero Chile recuperó su cobre.

“El año pasado ha terminado con un ejercicio de mil 250 millones de dólares extras por concepto de sobrepuestos del cobre. A nadie se le ha ocurrido pensar que esa planta no habría entrado a Chile si no hubiera existido Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular, que nacionalizó —con la unanimidad del Congreso— el cobre chileno.

“Hoy en día Chile es el primer productor de cobre en el mundo.

“Pero la izquierda ha cambiado en su estilo y en su manera de ver el mundo. Los años 60 eran los años de la fe en el cambio y el período de los modelos. Nuestros partidos, nuestros líderes, tenían encarnación material en Vietnam, en Cuba, en procesos que tenían otro domicilio histórico. Por razones que son muy variadas, hoy día no existe ese modelo mundial.

A su manera, cada uno de estos países fue haciendo un proceso de desarrollo que siguió mucho más sus peculiaridades y raíces históricas. Hoy días



nadie pondría como modelo, para la sociedad chilena, el modelo vietnamita, ni el cubano, ni el argelino, o a algunos otros modelos africanos que en su momento provocaron entusiasmo.

“Hoy día sabemos que estamos condenados a construir un modelo de sociedad en función de nuestra propia realidad nacional, nuestra capacidad de pensar Chile, de reinventar un país justo y posible a partir de las reminiscencias de los 16 años de dicta-

dura de Pinochet”.

La Utopía de la Justicia

“Sabemos que la revolución en los países socialistas experimenta profundas conmociones y se está reestructurando en casi todos lados. Está en proceso de reacomodo; por algo la expresión *perestroika* es sinónimo de reestructuración.

“¿Qué es ser de izquierda hoy día? En este nuevo contexto mundial, ser capaz de rescatar los viejos anhelos, las esperanzas más centrales que hacen a la gente estar a la izquierda y no a la derecha. O sea, que uno crea en la capacidad de un sistema político que traiga al hombre más libertad y más participación; que crea un sistema económico capaz de dar mayores posibilidades de igualdad entre los hombres, que crea en la convivencia internacional fundada en la justicia, en la solidaridad internacional.

“Yo diría que, en definitiva, el socialismo es la utopía de la justicia, la igualdad y la solidaridad entre los hombres. Y esto no es compartido como proyecto, hasta sus últimas consecuencias, sino por la gente de izquierda.

“Esto supone, al final, una determinada manera de hacer política.

“Yo creo que hay gente que se va yendo de la izquierda sin darse cuenta, cuando va perdiendo la capacidad de tener con los sectores más pobres y explotados de la sociedad, una relación cotidiana. Cuando empieza a ver la política sólo en función de ciertos ajustes más globales, cuando va perdiendo la emoción, el cariño por los que sufren.

“El hombre de izquierda es el que cree que con la participación de la gente, con un protagonismo de las organizaciones populares, cambiará el mundo.

“Yo no creo necesariamente que el socialismo esté lejos en Chile. Yo creo que para que se acerque tenemos que cumplir ciertos requisitos. Es la tarea de un pueblo organizado, cada vez más consciente y con efectiva capacidad de construir mayorías estables, proporcionales a la envergadura de la tarea del cambio social que se propone.

“Este es un proceso muy difícil de hacer bajo una dictadura y mucho más fácil de hacer bajo una democracia. La democracia es el mejor clima político para el desarrollo del movimiento social y popular y, por tanto, el mejor clima posible para abrirle paso a un proyecto socialista”.

—¿Cuáles pueden ser las características del proceso de transición que se avecina y de la democratización que con él se inicia? A este respecto, usted ha hablado del concepto de “ruptura democrática”...

—Yo estoy convencido de una cosa: la transición chilena va a ser una de las más complicadas de América Latina. No me imaginó para nada una transición fácil. Podría nombrar 7 u 8 elementos que, con sólo enunciarlos, dan cuenta de la magnitud de los problemas y de las restricciones que vamos a tener en nuestro paso de dictadura a la democracia.

“Desde luego, la institucionalización de la violencia. Aquí va a haber un elemento de violencia, de grupos paramilitares de derecha y de izquierda, que hay que controlar.

“Además, vamos a tener una conducta empresarial, de grupos que han sido altamente solidarios con el régimen de Pinochet, que se han ‘cebado’ de cierta manera, restringiendo la organización laboral, que han impedido los sindicatos, la negociación colectiva, las leyes de reajuste, que han gozado de un clima de absoluto privilegio a favor de ellos.

“Así también, tenemos una derecha política muy sobreestructurada, donde las herencias y las cargas de solidaridad con los años más feroces de la dictadura, van a sopesar mucho en su capacidad de inserción democrática.

“Finalmente, tenemos la propia fuerza de las organizaciones populares y sus legítimas demandas. Hay también un componente militar de las fuerzas de izquierda, personas que tomaron las armas y que, a lo mejor, no van a estar dispuestas a deponerlas. Todas estas situaciones crean un cuadro complejo. “Queremos la democracia, pero para llegar a ella necesitamos romper algunas normas y procedimientos que son profundamente contradictorios o incompatibles con el desarrollo del proceso democrático.

“Nosotros denunciábamos cuatro engranajes de la Constitución de 1980 como incompatibles con una transición democrática. Primero, el artículo octavo y la proscripción ideológica. Nunca podrá haber democracia en Chile si no hay pluralismo ideológico completo.

“Segundo, dijimos: aquí está todo calculado para que el funcionamiento de uno de los poderes públicos principales —que es el Congreso— se distorsione con el mecanismo de los senadores designados, que altera el pronunciamiento de los representantes cuyo origen está en la soberanía popular.

“Dijimos que aquí había una tutela militar a cargo de un organismo concreto, que es el Consejo de Seguridad Nacional, que era el gran superpoder de la Constitución de 1980, que estaba por encima del Presidente de la República, por encima del Congreso, por encima de los ministros, por encima de toda autoridad, con el doble mecanismo: la facultad de representar la inconveniencia de determinadas decisiones por razones de seguridad nacional internas o externas y, segundo, la facultad de ese mismo Consejo de Seguridad Nacional de recabar, exigir de la autoridad civil, cualquier tipo de estudio, de documento, de antecedente, para declarar a *posteriori* su inconveniencia en materia de seguridad nacional. El juego de estos dos factores —el de recabar y de representar— crea una tutela militar.

“Lo que importa hoy en día es que hay una apatencia, una voluntad de cambio democrático constitucional, muy mayoritaria en la sociedad chilena, y que esto llega hasta las playas del régimen y a sectores que hasta hace poco eran partidarios de la Constitución del general Pinochet.

“Entonces, yo creo que la ‘ruptura democrática’ es quizás la experiencia más exitosa que la izquier-



da chilena ha aventurado en el plano ideológico en tiempos recientes, y garantiza de algún modo el colapso de esta fórmula institucional. Con esto no estoy diciendo que vamos a tener una reforma constitucional a la vuelta de la esquina, como quisiéramos, porque aunque modificáramos los aspectos fundamentales quedaría mucho por hacer.

La ruptura democrática dejó de ser —felizmente— un patrimonio de las fuerzas de izquierda y ha pasado a ser patrimonio del conjunto de la sociedad chilena.

“Yo creo que va a sobrevivir muy poco de este período de dictadura. En la práctica, éstos regímenes aparentemente tan completos, tan absolutos, tan cerrados, tan eternos, cuando empiezan a descomponerse son como plano inclinado y su demolición termina siendo casi completa.

“Pero esta dictadura nos va a dejar ciertas herencias trágicas. Nos ha hecho más escépticos, ha envenenado un poco la sociedad chilena. Yo veo, por ejemplo, un componente de anticomunismo que era inimaginable hace veinte años y que enferma, envenena, la sociedad chilena. Ha hecho también retroceder la cultura.

“Pero yo tengo fe en que la redinamización del período democrático puede restablecer en muy corto plazo, por ejemplo, la educación superior, la capacidad de restablecer la creatividad científica, tecnológica y artística de los chilenos.

Cuando se junten las capacidades instaladas en Chile con las capacidades provenientes del exilio y se empiecen a ‘mestizar’ todas estas culturas variadas,

Chile puede ser una sociedad muy apasionante, muy original”.

EL PARTIDO DE LOS DERECHOS HUMANOS

—Uno de los temas que trascienden a la dictadura es el de los derechos humanos. ¿Cuál es la posición del PAIS al respecto?

—El primer tema que nosotros tratamos como dirección fue el de hacer del PAIS el partido de los derechos humanos.

Toda transición necesita un grupo que haga de esto el centro de sus preocupaciones. Sin menoscabar a nadie, porque la preocupación la tienen personas que muy legítimamente la comparten a todo lo ancho del espectro político.

“No hay dudas que en el PAIS, por nuestra proximidad con las víctimas de la represión, es un tema que no podemos eludir. Tenemos una voluntad política y una base de discusión que nos conducen a un consenso muy preciso.

No hemos cerrado este debate, en el sentido de poder decir hoy día en detalle, exactamente, cómo vamos a actuar, pero tenemos ciertos lineamientos generales.

“Creo que tenemos consensos que pasan primero por los juicios que han afectado a los actuales presos políticos, por exigir el estudio de todas las causales de irregularidades de estos procesos, las torturas, la ausencia de recursos procesales.

“Estamos buscando una manera de permitir que los asuntos pendientes —el caso de los detenidos desaparecidos, por ejemplo— tenga un efectivo esclarecimiento, usando todos los expedientes que han sido acumulados en los organismos de derechos humanos.

“A diferencia de otros países, en Chile, en el marco de la Vicaría de la Solidaridad, de la Comisión de Derechos Humanos del Codepu y otros organismos, los 772 casos de presos políticos desaparecidos y —entre otros— los juicios pendientes, tienen una serie de elementos que, en un clima político distinto, se podrán esclarecer y llegar a la verdad, o acercarnos mucho a ella.

“Nos va a preocupar también los crímenes, desde los más estremecedores —los degollados, el asesinato de Tucapel Jiménez o los crímenes del Covema—, para que sean aclarados.

“Como un capítulo básico, y eso lo estamos discutiendo, está el problema de los presos políticos y la aplicación de reglas justas para su situación, para ver hasta dónde es la declaración de ‘presos de conciencia’, presos por hechos de sangre y de violencia, ver qué tratamiento damos a unos y otros.

Cómo garantizar un cuadro de reconciliación nacional que evite el rencor, la venganza.

“La dictadura ha hecho muchas privatizaciones, muy abusivas. Pero la última privatización la vamos a hacer nosotros, los sectores democráticos:

disolver los aparatos del terrorismo de Estado. Con ello, en la práctica vamos a pasar al sector privado, al área privada, a todos estos elementos.

Y es una privatización muy complicada, porque deja fuera de control y de regulación institucional una serie de capacidades paramilitares, y a lo mejor vocaciones de revancha y de creación de situaciones de franca inestabilidad política que pueden provenir de estos agentes.

“Pero eso hay que hacerlo con especial cautela para provocar lo que yo he llamado la ‘reabsorción de la violencia’ pendiente en la sociedad chilena.

“El problema es cómo la democracia, que vuelve a la normalidad, a una convivencia nacional, hace frente a esta situación. Una lógica es la maniquea.

Es decir, hay un enemigo que hay que seguir exterminando y, al final, la democracia no debe anular la capacidad del Estado para desarticular estos enemigos internos.

Esa es la lógica de un sector de la derecha. Y es el criterio que está detrás de muchos de los pronunciamientos o juicios que hoy día se dan en las Fuerzas Armadas.

Esa lógica no puede ser la lógica democrática.

“La lógica democrática es aquella que va creando un campo de expresión política abierta, de libre ejercicio de las ideas, de la organización política de pluralismo real, de diversidad, que va permitiendo dar un espacio a cada uno y que no supone que ciertas personas, por el solo hecho de existir y organizarse, sean enemigos del Estado o de la sociedad.

Yo creo que en eso tenemos que empeñarnos todos. Si no hacemos este proceso, la sociedad chilena va a ser altamente inestable.

Porque las Fuerzas Armadas no van a poder volver a su función profesional de defensa, para mantener la ideologización y la politización dentro de esa lógica de la Seguridad Nacional.

“Yo no tengo ningún interés personal en castigar a tal o cual. Lo que me interesa es asegurar condiciones que impidan la reproducción de este tipo de procesos y que permitan que la sociedad en su conjunto tome conciencia de que hubo tales crímenes o tales violaciones, que tales personas fueron culpables y que eso garantice la imposibilidad de su reproducción o de repetición histórica más adelante.

“La reparación que la sociedad chilena tiene que recibir se expresa en parte en la sanción que reciba el culpable, pero en parte fundamental, en la garantía que tiene la comunidad chilena de ‘nunca más’, de que no se vuelva a repetir un tipo de conducta o de crímenes como los que ha padecido en estos años”.



El Comunismo: "enemigo de la patria", es decir en los términos de la Doctrina de la Seguridad Nacional, el "enemigo interno", al que hay que tratar como tal e incluso eliminar físicamente

SOBRE EL ANTICOMUNISMO

Pedro González

1. ¿Qué es el anticomunismo?

De manera tentativa podemos decir que el anticomunismo es una tendencia ideológica y política reaccionaria de carácter imperialista y oligárquico, que también se da entre la burguesía no monopólica. Se caracteriza por constituir un cuerpo de conceptos y posiciones más o menos elaboradas que rechazan de manera radical y absoluta al marxismo-leninismo, a las ideas revolucionarias y a los Partidos Comunistas, en virtud de lo cual intentan excluirlos de la vida nacional, o bien los tolera ante la incapacidad factual de excluirlos, pero a fin de combatirlos por otros medios, como los políticos y legales, que en un momento dado considera más viables

2. Algunas de las causas generales del anticomunismo

En condiciones de capitalismo, el anticomunismo es prácticamente inevitable. Los sectores explotadores reaccionan contra los comunistas y sus ideas, puesto que éstas cuestionan el régimen capitalista, propugnan su sustitución revolucionaria y el ascenso de la clase obrera y el pueblo al poder.

A eso se agrega el hecho de que los Partidos Comunistas luchan por la democratización de la sociedad, impulsan los combates por las reivindicaciones populares y logran arrancarle concesiones a los explotadores. De tal modo se verifica en estas sociedades una lucha de clase, uno de cuyos reflejos ideológicos entre los sectores más reaccionarios es precisamente el anticomunismo.

En suma, el anticomunismo y el combate contra él constituyen parte de la lucha de clase en el terreno de la ideología.

a) intenta inhibir el desarrollo de una conciencia obrera y popular autónoma, con su propio proyecto social, convertida en alterna-

tiva de poder. Por tanto, el anticomunismo pretende bloquear todo proceso revolucionario y de transformación progresista y democrático de la sociedad;

b) aspira a servir como elemento de freno de las luchas obreras y populares, las que en la medida que sean adormecidas por el anticomunismo, caerían en la conciliación, la pasividad y el conformismo, consolidándose así el orden burgués;

c) pretende dividir a las fuerzas sociales y políticas populares y democráticas y frenar la influencia de los sectores clasistas del movimiento obrero y de su partido, respecto a otros sectores populares.

Si bien mientras haya capitalismo existirá el anticomunismo, su peso, su grado de efectividad, variarán de acuerdo a la correlación global de fuerzas en la lucha de clases y según la posición que en ella vayan adoptando las diversas capas y clases.

3. Algunas causas de su crecimiento actual

El recrudecimiento del anticomunismo en estos últimos años tiene muy variadas y profundas causas objetivas. Algunas de ellas se deben a los propios cambios experimentados en la estructura capitalista durante los últimos 15 años. Al respecto, en primer término, se debe señalar la intensísima penetración imperialista y de sus empresas transnacionales en el país, la que se ha entronizado prácticamente en todas las esferas de la vida nacional (economía, política, cultura).

Como producto de lo mismo, los distintos sectores de la burguesía, desde la oligarquía financiera hasta la burguesía no monopólica, se han vuelto más dependientes de las empresas transnacionales y del imperialismo; por lo tanto, sus partidos y sus intelectuales tienden a adoptar posiciones políticas e ideológicas compatibles con ese dominio, al que no cuestionan, y cuyo apoyo requieren para viabilizar sus opciones.

Por lo demás, el desarrollo de las fuerzas productivas, la transnacionalización del "capitalismo nacional". La vía normal del desarrollo capitalista es la de la transnacionalización, de la concentración y centralización monopólica y financiera. Los partidos burgueses y pequeño-burgueses pasan a moverse en estos marcos, en el mejor de los casos, propugnando la regulación del capitalismo y cierta redistribución de ingresos en el contexto del dominio oligárquico imperialista

reforzado. Como se dijo, dichos partidos para viabilizar sus opciones requieren captar el apoyo o la aceptación de los grupos oligárquicos imperialistas, no afectando sus intereses fundamentales y sintonizando con ellos en lo que se refiere al rechazo a las transformaciones revolucionarias. En este contexto, el distanciamiento y el rechazo a los comunistas se les presenta como una necesidad. Así, las tendencias anticomunistas crecen. La razón estructural, en síntesis, reside en el mayor peso que en la estructura del país tiene el imperialismo (y la oligarquía) por obra del propio desarrollo capitalista.

Dentro de esa misma lógica hay que considerar el rol que las FF.AA. han pasado a jugar con la instauración de la dictadura fascista. La cúpula militar, con su Doctrina de la Seguridad Nacional, es profundamente anticomunista y aparece como el garante último de los intereses oligárquicos imperialistas. Los partidos burgueses y pequeño-burgueses, creyendo así poder convertirse más fácilmente en interlocutores de las FF.AA. —centros del poder real— y concitar su apoyo para sus opciones, requieren distanciarse de los comunistas y hacer ostentación de ello, dando pruebas de "confiabilidad" y "buena conducta", tanto a la oligarquía y al imperialismo, como a las cúpulas de las FF.AA. Todo ello explica el crecimiento del anticomunismo.

Pero hay otro tipo de elementos que explican, aunque sea transitoriamente —al menos a algunos sectores—, el aumento del anticomunismo estos últimos años, a saber, el propio desarrollo de la línea política del Partido Comunista de Chile. En efecto, éste, asumiendo la experiencia del proceso revolucionario verificado entre 1970 y 1973, llegó a la conclusión de que toda transformación de fondo requiere plantearse la resolución plena del problema del poder del Estado en beneficio de las grandes mayorías nacionales y populares, y que esto requería entender la lucha y la correlación de fuerzas en términos político-militares, siempre en dependencia de las situaciones concretas y dentro del marco de la máxima amplitud, del protagonismo de masas y de la unidad de todo el pueblo.

Esta adquisición teórico-política —absolutamente justa y necesaria—, que por lo demás fue asumida consecuentemente por el Partido Comunista, le generó a éste un distanciamiento de otras fuerzas políticas, pero no de inmediato, sino en el momento cuando aquellas comprobaron la seriedad de tal opción y sus considerables posibilidades de abrir paso a una salida avanzada centrada en el protagonismo

popular (julio de 1986). Entonces, intensamente presionados por el imperialismo, los partidos burgueses y pequeño-burgueses opositores desertaron de la movilización social y buscaron un entendimiento con la dictadura, mientras que los comunistas intentaban mantener la ofensiva de masas, cosa que en lo fundamental no lograron. Se produjo así un cambio de la correlación de fuerzas que llevó a otros sectores, que tradicionalmente acompañaban al Partido Comunista, a marcar ciertas distancias.

Todo lo dicho más atrás tendió, durante los últimos años, a traducirse en un doble movimiento: el grueso de las fuerzas opositoras (burguesas y pequeño-burguesas) tendieron a desplazarse a la derecha, adecuándose a la dominación oligárquico imperialista, intentando ganar la buena voluntad de sus factores de poder real, movimiento en el cual fueron seguidos por ciertos partidos populares, mientras que el Partido Comunista enfatizaba la negativa a someterse al poderío oligárquico imperialista optando decididamente por la vía de la lucha basada en el protagonismo popular.

La respuesta política e ideológica a esta decisión fue por parte de crecientes sectores opositores burgueses y pequeño-burgueses, ciertas expresiones de anticomunismo, que eran acompañadas y estimuladas por el anticomunismo más violento proveniente de la propia dictadura, cuyo fin es dividir a las fuerzas opositoras y frenar sus luchas, sometiendo al inmovilismo.

Otro factor que explica el crecimiento del anticomunismo en los últimos tiempos es la tendencia hacia un recambio burgués ante el agotamiento de la dictadura fascista como forma de dominio oligárquico imperialista. El Departamento de Estado desde 1986 ha impulsado este recambio, que persigue estabilizar bajo una forma liberal burguesa, el dominio de la oligarquía y el imperialismo, el que así obtendría una mayor "legitimidad" y ampliaría su base social y política de apoyo. Un recambio tal, que mantendrá el tutelaje de las FF.AA. sobre el Estado (pero ahora de una forma disimulada), y que abriría paso a un predominio oligárquico imperialista sustentado, más que en el terror abierto, en métodos políticos y en cierta hegemonía ideológico-cultural, requiere urgentemente -debido a la inevitable apertura relativa del sistema político y de los espacios de libertad, aun para las organizaciones populares- de arrinconar a los comunistas, de deslegitimarlos y desplazarlos del movimiento de masas, a fin de impedir que

éste desarrolle luchas en función de sus reivindicaciones.

Este proyecto de recambio requiere, en fin, que más que luchar por sus reivindicaciones, las organizaciones sociales las limiten y se autodesmovilicen (a pretexto de no desestabilizar a la democracia). Y tal cosa sólo es posible si se aísla y se transforma al Partido Comunista en un partido marginal, lo que, por lo demás, le impediría convertirse en un polo de agrupamiento que en las nuevas condiciones acumule fuerzas para un cambio avanzado.

El anticomunismo sirve a estos fines requeridos no sólo por el imperialismo y la oligarquía, sino también por las distintas fracciones burguesas y pequeño-burguesas interesadas en ocupar cierto lugar en un recambio como el señalado, y que está en pleno desarrollo.

Todo indica, pues, que el anticomunismo seguirá siendo una constante en la política chilena y que incluso, por las razones anotadas, se verá intensificado.

4. Tipos de anticomunismo

Es posible distinguir variedades de anticomunismo; por lo mismo éste, para los efectos de su estudio, puede ser diferenciado según tipos.

Lo que diferencia a un tipo de anticomunismo de otro es, en lo esencial, su contenido de clase. Es necesario identificar los principales tipos de anticomunismo hoy existentes en el cuadro nacional con el fin de precisar cuál es el más peligroso en la coyuntura y en la perspectiva y, además, para disponer de los elementos políticos e ideológicos adecuados para contrarrestarlo.

Entre los principales tipos de anticomunismo podemos distinguir los siguientes:

a) El anticomunismo fascista

Es el tipo más cavernario, brutal e irracional de anticomunismo. Corresponde a la dictadura terrorista abierta de los grupos más reaccionarios del capital financiero local aliados a las transnacionales y el imperialismo. Constituye precisamente la fundamentación teórica del terrorismo de Estado, que justifica incluso la eliminación física de los oponentes que considera más peligrosos; de allí que este tipo de anticomunismo haya estado en la base de las masivas violaciones de los Derechos Humanos verificadas a lo largo de estos 15



Algunos medios de comunicación alimentan la campaña anticomunista

años.

La expresión doctrinal de este tipo de anticomunismo se encuentra principalmente resumida en la Doctrina de la Seguridad Nacional. Políticamente se manifiesta en Avanzada Nacional, Patria y Libertad y ciertos sectores de la UDI y Renovación Nacional.

b) El anticomunismo de otros sectores de la burguesía monopólica y no monopólica

Sostiene que el comunismo es contrario a la libertad y que constituye una amenaza para la democracia. Por lo mismo -dicen- hay que tenerlo controlado, pero no necesariamente proscrito. Se le deben sancionar las conductas concretas que alteren la dominación burguesa.

Tales posiciones se expresan hoy principalmente en el Partido Nacional y últimamente han pasado a ser el punto de vista de Renovación Nacional, o de gran parte de ella. Estos sectores se inclinan por mantener la dominación oligárquica imperialista bajo un régimen liberal burgués tutelado por las FF.AA. Se podría quizás decir que constituye también la modalidad de anticomunismo cuando el capital financiero necesita dominar bajo formas no terroristas abiertas.

c) El anticomunismo de la burguesía reformista

Este sector de la burguesía pretende conservar el dominio oligárquico imperialista, pero cambiando el régimen fascista por uno liberal burgués, básicamente ampliando la base de sustentación social del orden capitalista mediante un pacto social entre la burguesía y los trabajadores, dejando intacto el actual régimen económico social a cambio de concesiones menores a los sectores populares en el espíritu de una supuesta solidaridad entre clases antagónicas.

Esta posición, además del apoyo oligárquico imperialista, pretende contar con una amplia base de apoyo popular que haga viable su proyecto. Se presenta como alternativa a los cambios revolucionarios. Para viabilizarse requiere desalojar al Partido Comunista del movimiento popular para tomar su dirección en función del pacto social. En este contexto se da su anticomunismo, el que debe revestirse de razones específicas: defensa de la libertad, pero dentro del cambio; defensa de la racionalidad, la paz y la solidaridad frente a la violencia, etc.

Desde el punto de vista institucional acepta la legalización de los comunistas, pero propugna que se establezcan sanciones contra las conductas que alteren el orden burgués.

Este tipo de anticomunismo se da especialmente en las cúpulas más derechistas de la Democracia Cristiana.

d) El anticomunismo de algunos sectores de la intelectualidad pequeño-burguesa que antaño se situaron en la izquierda

Se trata de un sector que vive un acelerado proceso de integración a las alternativas oligárquico-imperialista de un capitalismo regulado, con régimen político más o menos democrático, que permita concesiones a los sectores populares. Esta reubicación política y de clase necesita ser justificada. La crítica y la descalificación del marxismo-leninismo y de los partidos comunistas sirve a tales fines. Igual rol cumple en ellos la crítica al socialismo real, con cuyas deformaciones más trágicas identifican a los comunistas (así, por ejemplo, J.J. Brunner se refiere al PC con el epíteto de "sectores estalinistas").

Estas posiciones se expresan en el extremo

derecho del llamado "socialismo renovado", el que se empeña en convertir al PC en una fuerza marginal aislada, para así tomar la dirección del movimiento popular y conducir a éste a su fusión subordinada con el centro en aras del proyecto capitalista monopolista de Estado regulado atrás referido.

e) El anticomunismo pequeño-burgués de ultraizquierda

Corresponde a sectores muy minoritarios, caracterizados por sus tendencias voluntaristas y militaristas, que tienden a absolutizar la lucha armada al margen de las masas. Por lo mismo rechazan toda flexibilidad táctica y, en este contexto, descalifican al Partido Comunista bajo la acusación de reformista. Ciertamente que no toda posición ultraizquierdista es necesariamente anticomunista.

Los distintos tipos de anticomunismo, en proporción variable, se manifiestan en los discursos políticos y contribuyen a modelar la conciencia social, ayudando a configurar, según sea su peso, en alguna medida, el sistema político y los estilos de hacer política. A través de ello dan lugar a una práctica que siempre es antidemocrática o menos democrática.

Por lo tanto, no se puede dejar de combatir la ideología anticomunista, puesto que ella incide en mayor o menor medida en el compartamiento político de las masas y de las organizaciones políticas.

El anticomunismo requiere de estudios detenidos que permitan diseñar contramedidas adecuadas para combatirlo.

5. Los estereotipos como mecanismos del anticomunismo y sus requisitos de efectividad

Los distintos tipos de anticomunismo operan a través de estereotipos, es decir, a través de imágenes o representaciones muy simples, son y significan los comunistas.

Así, por ejemplo, la mayoría de los tipos de anticomunismo tienden a asociar la idea de comunismo con la negación de toda forma de propiedad, con la falta de libertad, con el totalitarismo, la dictadura, el control omnímodo del partido sobre todas las facetas de la vida social y personal, con la uniformidad, la antidemocracia, con la pobreza, "las colas" y el racionamiento, los privilegios de una minoría burocrática, la violencia, el terrorismo, la falta de modernidad, "lo extranjero", etc.

Cada uno de estos elementos constituye un estereotipo. La propaganda y la política anti-comunista opera elaborando un conjunto de **estereotipos altamente negativos** y con todos ellos construye una imagen global de los comunistas, la que, de este modo, suscita rechazo entre quienes resulten sensibles a tal propaganda.

Una de las características de los estereotipos consiste en que no apuntan a la razón sino al sentimiento y, en consecuencia, buscan crear un rechazo instintivo, incluso inconsciente, muchas veces basado en un temor irracional ante el cual, por lo tanto, todo argumento aclaratorio por parte de los comunistas sobre su real pensamiento y objetivos, puede resultar estéril porque se encuentra **previamente** descalificado. Por eso, además, es posible decir que el anticomunismo opera como **prejuicio**. Todo esto explica el porqué es tan difícil combatirlo, más aún cuando los estereotipos son constantemente reforzados por una propaganda marti-llante y multifacética, que hace de la repetición y la reiteración al infinito uno de sus principios claves. De tal modo, los elementos de anticomunismo se van alojando en el sustrato de las mentes de las personas no sólo año tras año, sino también generación tras generación, pudiendo incluso llegar así a constituirse en componentes de la propia cultura.

Demás está decir que los distintos aparatos ideológicos del Estado capitalista, incluyendo el propio sistema educacional, dan un aporte importantísimo al reforzamiento del anticomunismo, constituyendo sus vehículos principales.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que entre los distintos estereotipos anticomunistas no todos van dirigidos a las mismas capas y clases de la población. Así, por ejemplo, el estereotipo "violencia-terrorismo" se encamina principalmente hacia las mentes de las amplias masas, mientras que el estereotipo "atraso", "falta de modernidad" se dirige especialmente a los intelectuales y a ciertas capas de la burguesía.

Hay que precisar que una de las condiciones requeridas para que los estereotipos sean operantes y eficaces consiste en que tengan base objetiva, por mínima que sea. Será precisamente a partir de esa base que el anticomunismo procederá a simplificar, a absolutizar un aspecto parcial, a caricaturizar, a crear la imagen que le sea conveniente.

Así, por ejemplo, una de las bases objetivas y que hacen operante el estereotipo "totalitarismo y falta de libertad", reside en las defor-



El anticomunismo se encuentra principalmente resumida en la Doctrina de la Seguridad Nacional. Políticamente se manifiesta en Avanzada Nacional, Patria y Libertad y sectores de la UDI y Renovación Nacional

maciones que sufriera el Estado soviético bajo Stalin y la persistencia de su burocratización durante el período del estancamiento. Por eso, precisamente, el proceso de *perestroika* es un golpe tan fuerte y tan efectivo al anticomunismo.

6.. Niveles del anticomunismo

Se podría decir que en tanto ideología, el anticomunismo se presenta en dos grandes niveles:

1. como anticomunismo racional, teórico, consciente, elaborado sistemáticamente y racionalizado por ideológicos y profesado como tal, y
2. como sentimiento, como inclinación irracional, no pensada.

Esta segunda modalidad es la que -por parte de los anticomunistas- se pretende sea asimilada por las masas, pues es muy resistente y

difícil de erradicar, ya que se presenta casi inmune a los argumentos y a los hechos. La primera modalidad se pretende que se introduzca en la intelectualidad básicamente.

En todo caso debe tenerse en cuenta que esta distinción entre dos niveles de anticomunismo es una aproximación analítica, puesto que en la realidad ni el uno ni el otro nivel existen ciento por ciento puro.

En efecto, en la práctica quienes profesan el anticomunismo lo hacen en la mayoría de los casos combinando su forma racional con su modalidad irracional, con predominio de una u otra. En los sectores más atrasados ideológica y culturalmente el elemento irracional predomina de manera casi absoluta, aunque este hecho no se da exclusivamente en estos estratos.

Entre el anticomunismo racional y el irracional, contrariamente a la apariencia, existe una fuerte vinculación. Ello se debe a que antes que nada el anticomunismo es una concepción ideológica que como tal ha sido elaborada conscientemente, que tiene cierta lógica y coherencia, que es el resultado de una sistematización deliberada.

Esta elaboración, obra de los intelectuales reaccionarios al servicio de las clases dominantes o periféricas a ellas, luego, a través de los más variados mecanismos, como los medios de

comunicación y la educación, entre otros, pasa a las masas en forma simplificada, estereotipada, apuntando frecuentemente al subconsciente, especialmente a través de la propaganda subliminal, y en la medida que tiene éxito, se plasma como anticomunismo instintivo con mayor o menor peso de los elementos racionales.

La constatación de que el anticomunismo se da en el plano teórico, racional y en el irracional obliga a combatirlo en ambos terrenos.

En consecuencia, la lucha contra el anticomunismo no es una tarea que involucre las solas técnicas propagandísticas, sino que, al mismo tiempo, supone la lucha teórica, cultural y hegemónica, lo que supone la lucha por ganarse a los intelectuales y, por lo tanto, el logro de una superioidad intelectual y moral.

La propaganda para ser eficaz debe insertarse en este contexto y, por cierto, en el marco de una práctica política que no conceda

material a los estereotipos negativos.

7. Los principales estereotipos anticomunistas según tipo de anticomunismo

Los distintos tipos de anticomunismo actúan construyendo sus propios estereotipos. No se puede diseñar una política eficaz contra el anticomunismo sin estudiar sus diversos tipos con sus correspondientes estereotipos. Paralelamente se requiere precisar cuál es el anticomunismo al que hay que prestarle mayor atención en cada etapa de la lucha y contra el que hay que centrar los esfuerzos de la lucha ideológica en un momento dado.

a) Los estereotipos del anti-comunismo fascista

El anticomunismo de tipo fascista estereotipa a los comunistas ante todo como fuerzas al servicio de una potencia extranjera —concretamente la URSS—, la que supuestamente, a través de los comunistas y sus aliados, intentaría apoderarse de la nación, sometiéndola a sus dictados e imponiéndole un “régimen totalitario”

De aquí resulta otro estereotipo, que es el del comunismo como “enemigo de la patria”, es decir, en los términos de la Doctrina de la Seguridad Nacional, el “enemigo interno”, al que hay que tratar como tal e incluso eliminar físicamente.

Un tercer estereotipo importante usado por el anticomunismo fascista es el que define a los comunistas como violentistas y terroristas, que buscan romper la “unidad nacional” introduciendo la lucha de clase como medio para socavar al país. Bajo este concepto, además, se estereotipa a los comunistas como contrarios a la paz e incluso a la familia.

En el anticomunismo fascista, las FF.AA. son definidas como expresión fundamental y reserva última de la nacionalidad, y dique de contención del comunismo.

El anticomunismo fascista y sus estereotipos es el más primitivo y burdo de todos, pero no por ello menos operante en determinados sectores, precisamente por la simpleza y chatura de su discurso.

b) El estereotipo de las cúpulas derechistas de la DC

El estereotipo anticomunista utilizado por el ala derechista de la DC incluye, en primer

término, el elemento “violencia”. Relacionado con este elemento, el estereotipo DC enfatiza el conflicto social, la búsqueda incluso irracional del enfrentamiento de clases, que sería propio de los comunistas.

A estos elementos la DC opone en su discurso la solidaridad, la armonía, el entendimiento, las soluciones técnicas, racionales y el humanismo.

Otro estereotipo anticomunista usado por los sectores más derechistas de la DC es el referido al “totalitarismo” como proyecto social y político, supuestamente propugnado por los comunistas, al que opone el concepto de cambio consensual, armónico y en libertad.

También se utiliza el estereotipo de “sectarismo”, manejo no democrático de los organismos sociales, a los que se les negaría su autonomía y se les sometería absolutamente a la lógica del partido. A esto la DC opone el concepto de democracia y autonomía de los cuerpos intermedios.

En la medida que los sectores más derechistas de la DC asimilan ciertos elementos de neoliberalismo económico, han pasado a estereotipar al socialismo o los mecanismos de planificación en general, a la propiedad social de los Medios de Producción, como ineficientes y atrasadas, propugnando en cambio soluciones “técnicas más modernas”, contrarias al “estatismo burocrático”.

c) El estereotipo de ciertos sectores renovados

En el estereotipo de estos sectores juega un papel muy importante el concepto de dogmatismo, atribuido al Partido Comunista; falta de apertura mental hacia el mundo real, pretensión de poseer la verdad absoluta.

A esto ellos oponen una renovación política e ideológica radical.

Otros elementos del estereotipo afirman que los comunistas propugnan soluciones ya fracasadas en el socialismo real, que copian acríticamente modelos que han resultado totalitarios en virtud de su estatismo.

A todo ello oponen la búsqueda de un nuevo socialismo, sostienen el concepto de democracia sustantiva como elemento inseparable de ese socialismo.

(Continúa en el próximo número)



NO A LA IMPUNIDAD

Por Eugenio Pizarro

Primero me presento. Soy chileno, sacerdote católico. Nací en plena época del gobierno de don Pedro Aguirre Cerda. Mi primera opción es Jesús, su Evangelio y su Iglesia y, como consecuencia lógica de esta primera, tengo una opción preferencial por los más pobres y sufridos de mi tierra chilena, reconociendo los rasgos sufrientes de Jesús, el Señor, que me cuestiona e interpela, tal como lo he aprendido vivencialmente en el Vaticano II, en Medellín, Puebla, y en el Magisterio de la Iglesia chilena. Desde esta opción aprovecho toda tribuna que se me ofrece para evangelizar.

He vivido casi medio siglo de luces y sombras de mi querido Chile.

En el Chile de hoy, desde la perspectiva de los pobres, miro un Chile tenso y polarizado, con profundas heridas que hacen gritar al cielo a nuestro pueblo, tal como la sangre de Abel, derramada por el crimen de su hermano Caín, como lo relata la Biblia. En Chile, en estos años recientes, hemos visto violaciones graves a los derechos humanos; las hay todavía. Chile está herido en sus entrañas por estos crímenes de “lesa humanidad” cometidos. Esta realidad me enfrenta al latente y actual tema de la impunidad. Sobre esto se me ha preguntado mi opinión. Es un tema que tiene que ver con la Reconciliación Nacional, la cual yo debo asumir como miembro de la Iglesia, siendo su instrumento, buscándola en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el

amor. Es un tema de actualidad cuando se avizora un tránsito a la democracia.

Yo no estoy de acuerdo con la impunidad. Pienso en la verdad y la justicia para una auténtica reconciliación, sin descuidar las otras condiciones que señalé. Tiene que hacerse verdad acerca de los crímenes cometidos. Estos no pueden quedar impunes. Tiene que haber

justicia sobre ellos. La justicia es un derecho de la persona humana y, por ende, de la sociedad misma.

Comparto lo expresado por monseñor Valech el 30 de marzo al conmemorarse un año más del cruel asesinato de José Manuel Parada: “No pueden quedar impunes crímenes sin poner en peligro todo el orden jurídico”, pero agrega: “El espíritu de reconciliación exhorta a que, en aquellos casos en que las exigencias del derecho y de la paz aconsejen una sanción, ésta sea aplicada sin odio, sino con espíritu prudente y equitativo, incluso con magnanimidad, buscando sanar las heridas de Chile antes que ahondarlas”. Es válido el criterio de que la impunidad es un grave trastorno social desde el punto de vista jurídico y ético cristiano. No puede haber impunidad “sin poner en peligro todo el orden social”. Desde el punto de vista del Evangelio, como El lo dijo, la impunidad es grave al no castigar el pecado de matar: “El mandamiento no matarás es de carácter absoluto”. Por todo esto mi opinión es: NO A LA IMPUNIDAD.

Al terminar, recomiendo leer el mensaje de monseñor Valech, acogiendo el llamado al arrepentimiento y a la reconciliación auténtica: “Para alcanzar una auténtica reconciliación es necesario que en nuestra patria todos los chilenos realicemos un acto sincero de arrepentimiento, reconociendo cada uno su responsabilidad en la situación vivida y pidiendo perdón a Dios y al hermano. Sin reconocimiento de la culpa no hay arrepentimiento posible y sin arrepentimiento no hay reconciliación”.

Nuevo Secretario General del Partido Comunista de Chile

LA VIDA DE UN COMUNISTA

Volodia Teitelbolm Volosky nació en Chillán el 17 de marzo de 1916. Hizo sus estudios medios en los liceos de Curicó y Talca, e ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y, en ese mismo año, 1932, al Partido Comunista de Chile.

Se desempeña, en esa época, como cronista deportivo en *El Diario Ilustrado*, y en 1935 publica, junto con Eduardo Anguita, la "Antología de la poesía chilena nueva".

Fue presidente del centro de estudiantes de Derecho y llega hasta el Comité Central de las Juventudes Comunistas de Chile.

En 1938, año del triunfo del Frente Popular, era secretario general del Grupo Antifascistas Universitario, que aglutinaba a los estudiantes de izquierda. Los representó en un congreso de la Juventud por la Paz, en Nueva York.

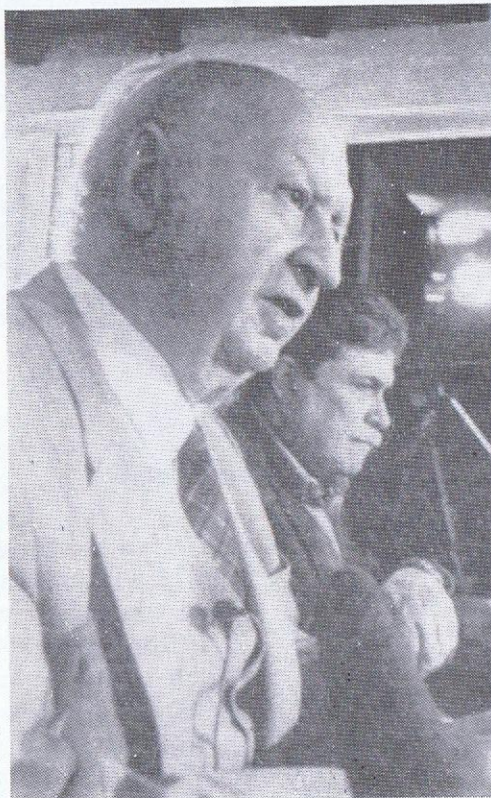
En 1943 publica "El amanecer del capitalismo y la conquista de América", reeditado hace algunos años en Cuba.

En el IX Congreso del PC, en 1945, es elegido miembro del Comité Central y de la Comisión Política, cargos en que ha sido ratificado en los congresos posteriores.

En 1947, el régimen de Gabriel González Videla ordena su relegación al departamento de Última Esperanza, provincia de Magallanes. Evitó el cumplimiento del decreto pasando a la clandestinidad.

En 1952 publicó la novela "Hijo del salitre", basada en la vida de Elías Laferte, uno de los fundadores del Partido Comunista de Chile.

En 1958, durante el gobierno de Carlos



Volodia Teitelboim

Ibáñez, fue detenido y relegado a Pisagua. De esta experiencia surge su segunda novela, "La semilla en la arena", publicada en 1957.

En el año 1961 fue elegido diputado por Valparaíso y en 1965 senador por Santiago.

En 1969 apareció "Hombre y hombre", un estudio sobre la literatura rusa y soviética, que incluye un análisis sobre la influencia de grandes escritores de esas nacionalidades en la literatura chilena.

En 1973 hizo su campaña a la reelección como senador por Santiago, publicando además tres libros: "El oficio ciudadano", "El pan y las estrellas" y "Pisagua", nuevo título para una reedición de "La semilla en la arena".

El golpe militar de 1973 lo sorprendió fuera del país e inició inmediatamente sus comentarios a través de

Radio Moscú, que mantuvo durante quince años.

También fundó y dirigió la revista cultural "Araucaria" que se edita en España, y trabajó activamente en la campaña de solidaridad con el pueblo chileno. De este período son su novela "La guerra interna" y una extensa biografía de Neruda.

En 1987 ingresó clandestinamente al país y escribió "En el país prohibido". En septiembre de 1988, volvió legalmente a Chile.

EL SIGLO
Internacional